
3 1761 07286278 2

POESÍAS

DE

MARTÍN GARCÍA MÉROU

1880 — 1885

POESÍAS

DE

MARTÍN GARCÍA MÉROU

1880 — 1885

Voces íntimas. — La vieja historia
En viaje. — Cantos y poemas

CON UNA CARTA

DE

CARLOS GUIDO Y SPANO



BUENOS AIRES
L. JACOBSEN Y C.ª, EDITOR
242, CALLE FLORIDA, 244
MDCCCLXXXV



BARCELONA.—Imp. de J. Jepús, calle del Notariado.



CARTA AL AUTOR. (1)

Buenos Aires, Julio 30 de 1880.

Sr. D. Martín García Mérou.

Muy estimado compatriota:

Recibida la finísima carta del 20, con que se ha dignado V. favorecerme, remitiéndome su volumen de poesias recientemente publicado, aplacé hasta hoy el contestarla, deseando hacerlo con el conocimiento pleno del precioso regalo. Leído y saboreado el libro, justo es congratular al autor, cuyo espí-

---

(1) Tomamos de *La Nación*, de Buenos Aires, esta preciosa carta, que, poco después de la publicación de sus *Poesías*, dirigió al autor el eminente poeta D. Carlos Guido y Spano. (El Editor).

ritu se esfuerza gallardamente en elevarse en la alborada de la vida á la serenidad y á la luz.

Tiempo hace conocía y apreciaba el talento poético de V., por sus composiciones diseminadas en la prensa periódica. Reunidas ahora y aumentadas con las flores recogidas en el camino, ó en la falda de la excelsa montaña, me parecen aun más armoniosas y cadentes. Al leerlas, es grato repetir la estrofa de «The Demon Thought» límpida y tersa como una lámina de acero:

Bendita, sí, bendita
Esa fuerza inmortal que precipita
Al genio en la corriente creadora;
Y enciende, iluminando el firmamento,
En el cielo la aurora
Y en la frente del hombre el pensamiento.

Óyese con frecuencia decir que se derrumba al empuje de nuestro siglo amante de la especulación, positivista é incrédulo, el templo augusto de las Musas, como si el hombre pudiese en ningún tiempo renegar del sentimiento y la armonía. La protesta es siempre inmediata y á veces brillantísima. La civilización triunfante no atinaría á celebrar digna-

mente sus victorias, si la faltara el himno inspirado de sus vates. Cada tribu, cada pueblo, cada nación tiene los suyos, y primero cesará el mugido ó el murmullo de las olas, el rumor del viento en la floresta, el canto de las aves,—que no el salmo de la humanidad ante el misterio sublime de su propio destino. Al coro inmenso ha venido V. á unir su voz. Es vigorosa y pura. Puede vaticinarse que el joven levita no tardará en pontificar ante el tabernáculo sagrado.

Me pide V. consejo y enseñanza. Accedo, si me da en cambio inspiración y juventud. Cómo! viene V. de conversar con los maestros; los estudia, los admira, sigue entusiasta la estela de su génio, y fija la mirada en las eminencias del arte, lleno de generosa emulación, no vacila en honrarme solicitando mi dictamen, cuando sólo soy de aquéllos humildísimo alumno!...

Pues bien, para corresponder tan lisongera distinción, y prefiriendo al tono de un magisterio que no alcanzo, el más simpático de la confraternidad literaria, me permitiré dirigirle únicamente una palabra alentadora: ame V. siempre, con inefable amor, sobre todo lo creado, á la dulce y pálida «Nakoma,» la virgen india de un rito misterioso canta-

da por V., impregnada en el perfume de la flor del loto, soñada habitadora de las regiones del ideal, llena de gracia mística y de promesas inmortales.

Hecha la indicación, que es casi un voto, saludo al poeta de todos merecidamente aplaudido, con la expresión más íntima de mi reconocimiento y de mi aprecio.

Carlos Guido y Spano.



PRÓLOGO

«Todo hombre que escribe—ha dicho Víctor Hugo—escribe un libro: ese libro es él.»—Tal frase es especialmente verdadera, cuando ella se aplica á la poesía, á esta especie de canto interior, semejante á aquella música de que habla una heroína de Shakespeare, al cual el poeta no hace sino ponerle las palabras. Así, sus obras son siempre un comentario animado de su vida, con sus desvaríos, sus amores ó sus odios, sus entusiasmos pasajeros y sus dolorosas caídas. Y nada más interesante que recorrer la franca confesión de una de esas almas inmortales que descubren á nuestra vista sus más ocultos misterios, esos repliegues íntimos donde jamás alcanza la mirada vulgar.—

Pero nuestro caso es totalmente diverso. Daríamos prueba de la más insoportable petulancia, si con

motivo de estos versos, nos atreviéramos á analizar nuestra oscura personalidad, bordando de arabescos la trama monótona de nuestra existencia. No es que —como tantos otros—no podamos presentarnos en uno de esos retratos favorecidos que se llaman autobiografías, interesando al mundo con esa romántica palidez y ese aire desgreñado y fatal que, después de René, debe tener todo poeta moderno que se estime. Podríamos hablar de pasiones desgarradoras, de horribles amarguras, de desengaños profundos —pero este papel de sauce llorón se hace á la larga pesado y difícil. Con añadir que, «obedeciendo á las instancias de algunos amigos, hemos dado á luz este volumen» y terminar pidiendo indulgencia á los benévolos lectores, se tiene un prólogo al uso de los escolares imberbes que dejan el álgebra por las Musas, y que prefieren leer sus propias producciones á los más bellos cantos de Homero.

La verdad es que nadie se empeña en que uno publique sus excesos más ó menos poéticos, y que, cuando ellos aparecen, es contrariando por lo general la voluntad de las personas sensatas que nos rodean. Son remordimientos que nos preparamos para el porvenir. No es porque no miremos siempre con cariño esos pobres renglones que hemos incubado lentamente, que hemos acicalado con esmero, ya colgándoles el moño gracioso de un adjetivo brillante, ya envolviendo sus contornos en los pliegues elegantes y severos de una túnica griega; sino porque en el

curso de los años, rara vez el hombre mira las cosas á través del prisma fantástico de la niñez. Cuando después de trascurrido algún tiempo, releemos nuestros primeros ensayos, ¡qué impresión tan extraña experimenta nuestra alma! ¡Cómo nos dan un secreto rubor las niñerías que hemos vaciado en el molde imperfecto de nuestra poesía! Bien se ve que—como dice Gautier—ni nuestro arte ni nosotros teníamos un pelo de barba. Y, sin embargo, somos injustos. No comprendemos que nuestros sentimientos de entonces son los únicos verdaderamente ingénuos que nos acompañarán en la vida, los amigos más fieles de nuestra alma, los mejores consejeros en la amarga peregrinación humana.—

Eso me ha pasado hoy que un amable editor quiere publicar una colección de mis poesías completas, y confieso que al recorrer de nuevo los millares de versos salidos de mi pluma, más de una vez he quedado absorto y aturdido. ¿Cómo he podido decir esto?—me he preguntado en ocasiones. ¿A quién amaba entonces de esta manera?... ¡Ah! ya recuerdo; á una inocente criatura, una especie de ángel nebuloso de balada alemana, á quien nunca me atreví á confesárselo .. ¿Cómo he podido yo, acérrimo enemigo de Tartufo y sus cofrades, encontrar poesía en un culto falso, hipócrita, inmoral y degradante para el hombre?... Sí; es necesario decirlo de una vez por todas. He sido sincero, y he comenzado por donde comienzan los niños. Dios me perdone! tengo sobre la con-

ciencia el peso de algunos centenares de versos inspirados por lo que yo entonces llamaba enfáticamente la *religión*, y que no era otra cosa que un aguado y declamatorio catolicismo aprendido en las páginas más hinchadas de Chateaubriand. Bien es verdad, que el amor que yo sentía por él era puramente ideal é imaginario. Más que todos los absurdos sermones de oradores sagrados, que jamás he tenido la paciencia de escuchar despierto, me habían convencido Núñez de Arce, lamentándose de la muerta piedad de sus primeros años, y Alfredo de Musset en el preludio de *Rolla* y en aquel apóstrofe á Voltaire, tan bello, tan lleno de lirismo, tan violento, y, en una palabra, tan poco sincero. ¡Y pensar que esto ha pasado tan sólo hace cinco años! Hoy, después de haber conocido y estudiado su espíritu prodigioso, después de haber admirado por mí mismo sus grandes bellezas, sus previsiones geniales,—Voltaire ha dejado de ser para mí aquella especie de Mefistófeles iconoclasta que me inspiraba horror, y lo encuentro mil veces más humano, más noble, más bueno que toda la falanje de gazmoños tortuosos y ondulantes que se arrastran en la sombra y nos acechan hasta envolvernos en los mil hilos de sus redes traidoras. En consecuencia, he eliminado de esta colección los cantos de sectario artificial de mis primeras publicaciones, y, como no faltará quien me lo reproche, principio por poner de manifiesto yo mismo las razones que me han impulsado á ello.

Lo mismo debo decir de las poesías políticas. Al escribirlas era todavía víctima del agradable error de creer que los endecasílabos pueden servir de armas guerreras; y durante la desgraciada tragedia del Perú, á falta de otro proyectil á mano, hice nutridas descargas que no tenían otro mérito que el ardor del juvenil soldado y el deseo de «dejar la pluma por la espada,» como proclaman los diarios políticos en víspera de revolución. Al volver á leer el *Canto al Huáscar,* tan diseminado y conocido en América, la elegía *A Miguel Grau*, *La lucha* y tantos otros,—no he podido menos de sonreirme al pensar que los chilenos triunfantes, hollando con sus caballos los heridos en los hospitales de la Cruz Roja, bombardeando trenes de mujeres y niños indefensos, saqueando y destruyendo el Perú vencido y diezmado, deben haber visto con compasión el furor de un pobre estudiante de sangre cálida y generosa que alzaba su voz en nombre del honor, de la humanidad y de la justicia. Es necesario convenir que, en llegando á la acción, es más grande quien hace más. En este sentido, el Homero de esa guerra ha sido el desgraciado peruano Grau, escribiendo con su muerte heroica un poema que no superará ningún prestidigitador de rimas, ningún domador de ideas. ¡Pobres cantos! ¡Cómo me temblaba el pulso al derramar sobre el papel el torrente de mi arrebatada indignación! ¡Cómo hubiera deseado estar entonces en el campo de batalla! ¡Cómo comprendía el heroísmo,

la abnegación, la resistencia del soldado que muere pero no se rinde!... Y, sobre todo, qué contraste entre mis ideas, mis aspiraciones, el estruendo de la refriega y el insípido redoble de las estrofas... Decididamente, aquellas protestas deben quedar en el olvido, como productos de una época especial, de una noble repugnancia provocada por el vandalismo de la conquista sangrienta... Mis simpatías son siempre las mismas. Amo y compadezco á los vencidos, sigo haciendo votos porque, en el silencio y la humillación de la derrota, recobren sus fuerzas perdidas y enervadas en la lucha, y se preparen á la reivindicación, á la revancha, á la sagrada venganza, á esa bendita y deliciosa ley del ojo por ojo y diente por diente, para que una vez por lo menos en la vida veamos cumplida la justicia providencial de que tanto se nos habla y de la que se nos refieren tantas maravillas para después de la muerte.

Las poesías de certamen, los temas retóricos, desarrollados en el silencio y la calma del gabinete, á gran refuerzo de epítetos deslumbrantes, rellenando de algodón las formas anémicas de la idea principal, poniendo pantorrillas postizas á una musa escueta y desgarbada,—verdadera muchacha de quince años,—han desaparecido también de este volumen. No debo insistir demasiado sobre las razones que he tenido para ello. Cuando yo las escribía estaba en el pleno derroche de esa plétora de sensaciones, de pensamientos y de inspiraciones que caracteriza las

obras de la primera juventud. Lo mejor y más acertado es quitar de la circulación, lo más pronto que sea posible, esos retoños primitivos. La posteridad se encarga más tarde,—si el autor llega á la gloria,—de unir á su equipaje ese pequeño saco de mano lleno de pensamientos implumes, de larvas de poemas que no han llegado á tener alas para volar. Si Byron no hubiera escrito el *Childe Harold* y *Don Juan*, nadie leeria hoy sus *Horas de ocio*. Si Molière no hubiera escrito *Tartufe* y *Le Misanthrope*, nadie leería sus primeras farsas... Pero como estoy bien lejos de pensar que mi nombre pueda salir del círculo estrecho de algunos amigos que me miman,—creo no defraudar á las generaciones venideras escamoteándoles algunas joyas falsas de mi escaso tesoro poético.

Pero—oigo decir—¿en tal caso, V. tiene la pretensión de darnos por oro de ley los renglones cortos que vamos á leer?... Entendámonos, hablemos con calma, y todo se explicará. Hay que partir de la base que, por una aberración intelectual, por una debilidad de carácter, por cualquiera otra causa, he tenido suficiente valor y constancia para escribir algunos miles de versos. Soy un fecundo padre de familia; no hay por qué negarlo... ¿Pero debo, por eso, abandonar con sangre fria á mis hijos, como el padre de Pulgarito, exponiéndolos al apetito del Ogro, á tener que robar las botas de siete leguas, y demás percances que refiere el cuento, hasta que el héroe se casa, como es de práctica, con la hija del Rey?...

Ridículo es exigir semejante sacrificio. Conozco los defectos de mi prole, trato de ocultarlos y de disculparlos, lo que puedo hacer, y lo que hago, es impedir que alguno de estos *bebés* hechos girones se presenten en el salón, mientras recibo visitas, tal vez arrastrando por la cola al gato... Pero, nada más. Por otra parte hace tiempo que un hombre espiritual ha dicho que los que publican colecciones de máximas ó de poesías son como los que comen ostras: principian por elegir las mejores y acaban por comerlas todas. Nada de extraño tiene que, débil como soy, y glotón en materia de poesía, me haya sucedido ese percance. En ese caso, dejen ustedes las ostras sospechosas, y si encuentran alguna de su gusto, olviden las demás... Sobre todo, piensen que Pulgarito es pequeño y desgraciado, que necesita la protección y el calor del hogar, y que no todos tienen entrañas bastante duras para abandonarlo en medio de esa selva llena de lobos que se llama la publicidad, sin hacer, por lo menos, votos al cielo por su gloria y por su fortuna.

Madrid, Enero de 1885.

VOCES ÍNTIMAS



PORTADA

CUANDO *la sombra desciende*
Y en el dosel de la esfera
La estrella errante se enciende;

Cuando besa á la pradera
La brisa que entre las ramas
Pasa con voz lastimera;—

Corazón! que sufres y amas,

Alzas tu vuelo á la altura
Y en el éxtasis te inflamas!

Ves á tus pies la amargura
Envenenar la existencia
Que el odio y el mal tortura;

Ves al hombre, sin clemencia,
Por la ambición transitoria
Sacrificar la conciencia;

Ves el campo de la historia
En que duerme amortajado
El cadáver de la gloria;

Ves, trémulo y agitado,
En el porvenir escombros,
Ruinas en el pasado.

Y, entre dolores y asombros,
Atlas conmovido, sientes
Pesar un mundo en tus hombros!...

Oh! si en las noches ardientes
No visita tus veladas
La visión de los creyentes;

Si, en la sombra arrebatadas,
No juegan en tus cabellos
Las caricias delicadas,

De esos arcángeles bellos
Que en la frente del poeta
Alumbran blancos destellos;

Si una inspiración secreta
No te brinda sus encantos
Y en sus redes te sujeta;

Si para enjugar tus llantos
La Musa consoladora
No te arrulla con sus cantos;—

Marcha! el tedio te devora,
La mano de Dios te hiere!
Inclina la frente, y llora!
Huye de tí mismo, y muere!



MISANTROPÍA

...Je suis une lampe sans flamme !

TH. GAUTIER.

VIVO feliz. Como el varón de Horacio,
Procul negotiis, sin afán ni pena,
Abismo mi mirada en el espacio,
Y me baño en la atmósfera serena!

Ni el vértigo del mal turba mis horas,
Ni la pasión agita mi conciencia.
Pido al cielo la luz de sus auroras,
Escudado en mi eterna indiferencia.

A las tormentas de la inquieta gloria
La dulce paz de la ilusión prefiero;
El desprecio del mundo y de la historia
A la ambición; y Diógenes á Homero!

Ni odio ni amor! Testigo de la vida,
Ni su afán ni su anhelo me devora.
Soy como el ave que en la selva anida:
Al llorar canta, y cuando canta llora!

Seguid, hombres, seguid! La muerte os guía
Y todos camináis al mismo arcano,
A la misma pasión, la misma orgía,
La misma nada del destino humano!

¿A qué cambiar la límpida corriente
Que de la cumbre susurrante baja,
Por el cieno y la rabia del torrente
Que los peñascos, al pasar, desgaja?...

Lleno de calma en la tiniebla oculta,
En los días de duelo y de tristeza,
Cuando el sol en la sombra se sepulta,
Se enciende el ideal en mi cabeza.

Los libros, mis amigos, me acompañan,
Me cuentan al oído sus dolores,
En los reflejos de su luz me bañan
Y me dan el perfume de sus flores!

—Vamos! me dicen, y en la noche ardiente,
Guío, envuelto en los versos palpitantes,
Con Ariosto el hipógrifo valiente
Y el rocín pensativo con Cervantes!

¿Y mis novias?—Me adoran, me visitan,
Oigo el acento de su voz severa,
Y mi tranquilo corazón agitan,
Desde Lycenium, la Naná primera!

Mis éxtasis evocan monolitos,
Negros mengires, vastas soledades
Donde resuenan los primeros gritos
Del primer soñador de las edades;

La sombra sepulcral del hipogeo,
La esfinge, las pirámides gigantes,
O el perfume traidor del gineceo
Brindando sus caricias enervantes.

Hombres, seguid ! dejadme pensativo
En los abismos del desdén profundo,
Viviendo en el espíritu cautivo !...
Tenéis un corazón? Yo tengo un mundo !

No me arrulla la voz estremecida
De ninguna pasión; nadie comparte
La soledad del sueño de mi vida:
Ni la fortuna, ni el amor, ni el arte !

Voy cruzando en la noche esplendorosa
El sendero inmutable de la suerte,
Y, al caer en la tumba silenciosa,
Cadáver frío, cambiaré de muerte !...



RUÍNA

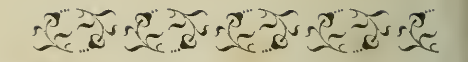
Ya la cabaña destruída,
Transformada en un escombro,
Inspira al alma el asombro
De toda dicha perdida!

Nadie llega á sus umbrales,
Como ántes, buscando abrigo,
Y vive, sin más testigo,
Que los agrestes zarzales !

Sólo una blanca paloma
Detiene en ella su vuelo,
Miéntras la luna en el cielo,
Envuelta en nubes, asoma !

Ay ! posada en el dolor
Así, cuando el mal avanza,
Alza su voz la Esperanza,
En las ruínas del amor !...





TERCETOS

Ese es nuestro destino: sombra y nada,
Lumbre que pasa cual fugaz meteoro,
Dejando en pos la bruma descarnada!

Hoy brilla el sol! La luz es el tesoro
Que se derrama sobre el triste suelo,
Infundiendo calor en cada poro!

La luz es el vivífico consuelo
Que en el haz de sus blancos resplandores
Nos escancia la gloria desde el cielo!...

Pero después, la noche, los horrores
Estrujan al cerebro comprimido
Con la garra de todos los dolores!

Y entonces ¡ay! quién piensa en el olvido
Y en el placer risueño, si la vida
Nos trae, en cada ráfaga, un gemido?

¿Quién piensa en la pradera estremecida,
Que acarician los vientos murmurantes,
Si ya el ave en su sombra no se anida?

Combatid con pujanza! Los diamantes
Deben ornar las juveniles frentes
Con la luz de sus mágicos cambiantes!

Y si es verdad que acuden inclementes
A destrozar las dulces ilusiones
Todos los mares, todos los torrentes,—

Oponed el amor á las pasiones,
Oponed á la duda la esperanza,
Guardad para la fe las decepciones!

El que no alienta un soplo de venganza,

El que en su sér su aspiración encuentra,
El ideal de la existencia alcanza !

Y el que en el mar de las miserias entra
Para buscar la perla de su seno,
Algo del mal en su alma reconcentra !

La barca es débil, poderoso el trueno:
¡ Ay del que fíe al enemigo astuto
De su ilusión el ideal sereno !

¡ Ay del que rinde funeral tributo
A la sierpe engañosa que adelanta
A revestir el corazón de luto !...

Amor ! amor ! la vida nos encanta
Sólo por tí; por tu inmortal diadema,
Por el candor de tu palabra santa !

Amor, el ideal; amor, el lema;
Amor, lo que palpita en la espesura;
Amor, lo que acaricia en el poema !

Amor, lo que levanta á la hermosura
Al nivel de los ángeles benditos,

Como el reflejo de una lumbre pura!

Amor, que acalla los dolientes gritos
Del inconsciente corazón humano,
Unciéndolo en el yugo de sus ritos!

Amor, que quiere desterrar en vano
La conciencia mortal: amor, que brilla
Con el solo contacto de una mano!

Amor, voz de la brisa á la avecilla;
Abrazo de la flor á la pradera;
Beso del mar á la escarpada orilla!

Molde inmortal que sobre el mundo impera,
Y en quien, tarde ó temprano, el alma toma
La forma celestial de una quimera!

Y en alas del amor, brisa, paloma,
Van al seno de Dios, amor supremo,
Como una nube de flotante aroma!...

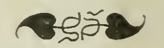
Amad! Creed!—La luz es el extremo,
El amor es la ruta despejada;
La vida es nave, y el amor es remo!

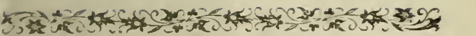
El amor saca un mundo de la nada!—
La mujer es la diáfana pupila,
Y el amor es la diáfana mirada.

La inspiración su resplandor rutila,
Y en la eterna balanza, sin su peso,
Un universo íntimo vacila!

El espíritu siente su embeleso;
Es tan puro que en Eva, sin temores,
Cambia un Edén por el ardor de un beso!

Él baja desde el astro hasta las flores;
Subió á la cruz por redimir al justo,
Sublime aunque sus fúnebres ardores
Nos arrojen al lecho de Procusto!





QUIA PULVIS ES

Yo canto arrodillado
A las plantas del túmulo siniestro,
Queriendo penetrar el hondo arcano
Que en la muerte se encierra;
Y despertando el estro
Que yace aletargado
Llorando su doliente desconsuelo,
En esta tibia y enlutada tierra
Quiero hallar el secreto de aquel cielo!

Descansa en paz, cadáver! Los embates
Del mar de la existencia
Jamás turban la calma en que reposas,
Con su áspera violencia.
Crecen fragantes rosas
En torno de tu tumba; el ave amante
Te arrulla con sus trinos inocentes;
Besa el rocío tu marmórea piedra;
Se inclinan ante tí todas las frentes,
Y te abraza la hiedra!...

Es ley fatal, es ley ineludible
Que todo ha de concluir. En esta fosa
En muda calma el corazón reposa,
Y arrastrado á este abismo inconcebible
Por implacable mano,
Todo termina, allí donde comienza
El beso del gusano!

La humanidad, esclava de la muerte,
Marcha á su fin con vértigo maldito.
La tumba es el abismo que convierte
Al alma en mariposa,
Arrebatando sus terrestres galas,
Para que esplendorosa

Se bañe en la extensión del infinito
Y tienda á Dios sus deslumbrantes alas !

Oh! dejadme soñar!... Mi alma abatida
Oye palabras en la triste brisa
Que sacude al ciprés, y le parece
Recibir la postrera despedida
De un fantasma que brilla y desparece!...
Su pálido sudario
Entregado á los vientos de la noche
Flota en la negra niebla !
A su contacto suave
El lirio solitario
Entreabre el blanco y perfumado broche,
Su trémula canción levanta el ave,
El cementerio de fulgor se puebla,
La brisa gime y en raudales vierte
Lágrimas usurpadas á la aurora,
Todo habla de la muerte
Y mi alma conmovida ruega y llora!...

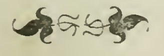
Ah! terrible es marchar entre tinieblas
Con simas á las plantas
Y espinas en las sienes !
Dios nos cegó; su mano formidable

Guardó los males y guardó los bienes.
        En sombra impenetrable
Nos hace caminar, hasta que un día,
En el pálido ocaso de la vida,
        Su soplo desmorona
Génio, fuerza, virtud, gracia y pureza,
Convirtiendo al tropel de los humanos,
Al penetrar en la siniestra huesa,
        En pasto de gusanos!...

«En polvo has de tornar.» Hombre orgulloso
Que contemplas las ruinas de Cartago
        Y á Menfis arrasada,—
¿Piensas librarte del fatal estrago?
Levanta al firmamento la mirada
        Cayendo arrodillado
Y pidiendo piedad!... ¡Ay! ¿qué se hicieron
La gloria de Alejandro y Carlos Quinto,
De Napoleón y César?... ¡Todo cabe
Del sepulcro en el lúgubre recinto!

        El génio que deslumbra
        Y la piedad que ciega,
        Sólo son fuegos fátuos;
Y cuando el viento de la nada zumba,

Su vivífica luz que en ondas llega
Se sepulta en la noche de la tumba!
¿A qué elevar Pirámides, humanos,
Para encerrar en ellas vuestros huesos?...
Tiro, Tebas, Sodoma se derrumban:
Ante el tiempo los génios se arrodillan;
Los Césares tan sólo son gusanos;
El potente Nemrod, seco esqueleto,
Yace en la tumba que su fuerza encierra;
Atila que temblar hizo la tierra;
Aquellos cuya lúgubre memoria
Encuentra voz en vigorosos plectros,
Sólo son en la noche de la historia
Polvo de muerte y pálidos espectros!...



✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻

ESTROFAS

Cuando su voz se levanta
Y en ondas hasta mí llega,
Pienso en el ángel que ruega
Y en el pájaro que canta!...

¿Qué me importa la existencia
Si mi pecho se consume
Sin aspirar su perfume,
Sin compartir su inocencia?

¿Si, perdido en el torrente
Del pensamiento agitado,
Siempre se inclina á mi lado,
Con suave pasión, su frente?

¿Si, cuando lucho en la sombra
Perdiendo en la lid mi calma,
Siento elevarse en mi alma
Un acento que la nombra?

¿Si al referir mi quebranto
Palpita mi pensamiento,
Y en cada nota la siento,
Y en cada estrofa la canto?...

A tus pies todas las flores
Verterán dulce fragancia!...
¡Guarda la paz de tu infancia
Con la flor de tus amores!

Y cuando abra seductora
Tu alma sencilla su broche,
¡Nunca pidas á la noche
Lo que ha de darte la aurora!

Ama! ¡La luz se refleja
Sobre tu frente abatida!...
¡Haz un himno de tu vida
En vez de hacer una queja!

Gota por gota, el rocío
Al cielo en vapores sube
Y se disipa la nube
Que enluta el azul sombrío!...

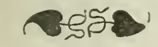
Hoja por hoja, las flores
Pierden su pompa lozana
Y el fuego de la mañana
Nubla sus vivos colores!

Grano á grano, se derrumba
La existencia tumultuosa
Hasta que el cuerpo reposa
En el lecho de la tumba!

Mira, el viento se desliza
Alzando, al pasar, un ruego!
¡Ya extingue su llama el fuego
Debajo de la ceniza!

No dejes que tu alma muera
Ni el desencanto la agite...
¡No dejes que se marchite
La flor de tu primavera!...

Ama! y busca tu embelesc;
Que en la vida transitoria
No vale toda la gloria
El dulce encanto de un beso!



EL NIDO

UNA tarde me decía:
«Oh poeta! eleva el canto,
Antes que extienda su manto
La noche triste y sombría!

No encuentras en mi pasión
Esa ventura que calma
Las tempestades del alma,
Las luchas de la razón?

Vén! el mundo conmovido
De nuestra gloria se olvida.
Vén! y pasemos la vida
Al calor del mismo nido!

Yo te daré mis sonrisas
Y mis caricias más suaves;
Su tierno arrullo las aves,
Y su perfume las brisas!

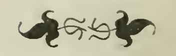
Y tendrás en tu embeleso.
Reclinado en mi regazo,
Por cada canto un abrazo,
Por cada sonrisa un beso.

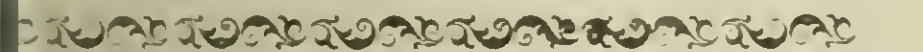
Deja que exhale su queja
La multitud que murmura:
Hagamos nuestra ventura,
Como hace el panal la abeja!

Deja que la gloria vana
Te abandone en la penumbra...
¿Qué te importa, si te alumbra
El fulgor de la mañana?...

Dios, que reparte la gloria
Y vela por nuestra suerte,
Dios que en mártir te convierte,—
Ha hecho en la vida ilusoria:

El ave para cantar,
Para dar rayos la estrella,
La mujer para ser bella,
Y el poeta para amar!...»





DOS CRUCES

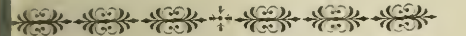
LLORANDO males livianos,
Llena de sombras la frente,
Magdalena penitente
Tiene una cruz en sus manos.

Sus ojos desfallecidos
Están en llanto bañados
Y parecen, entornados,
Mirar sus sueños perdidos!

Pero al sentirla abatida,
Mártir que hiere el destino,
Con el símbolo divino
Que la conduce en la vida,

Se duda, si en el delirio
De sus acerbos dolores,
Ve la cruz de sus amores
O la cruz de su martirio.





BARCAROLA

Mine own fortune in my misery!...
SHAKESPEARE.

¿VES? todo calla, todo suspira
Las amarguras de su pesar:
La hoja que tiembla, la dulce lira,
La luz que espira,
La brisa, el mar!

Las aves pasan con raudo vuelo
Dejando el eco de su canción;
Se nubla el monte, se empaña el cielo

Con el desvelo
De la extensión!

Se abre en los cielos la blanca estrella,
Sobre las tumbas llora el ciprés;
Gimen las yerbas, y la flor bella
Diciendo: Es ella!
Besa tus piés!

Salve! alma mía! luz de mi vida!
Puerto y abrigo de mi dolor! ..
¿Por qué te inclinas adormecida,
Como ave herida
Por el amor?...

Yo sé los cantos de los poetas;
Yo sé los sueños de la virtud,
Y las quimeras de alas inquietas
Laten sujetas
En mi laud!

Yo llevo en mi alma, joven y pura,
La savia ardiente del ideal;
Yo sé lo que hablan á la espesura
La noche oscura
Y el manantial!

Yo sé el idioma de la armonía;
Conozco el mundo de la ilusión,
La pena aguda, la angustia fría,
Y la agonía
De la pasión!

Ves? soy tu esclavo! Ves? á tu planta
Pongo mi vida, mi amor, mi paz!
Mi alma á tu acento fiel se levanta,
Mi voz te canta
Con fé tenaz!

Cuando en mi pecho tu amor derramas,
Cuando comprendes mi frenesí,
Y todo: el cielo, la luz, las ramas,
Me pregunta: ¿Amas?...
Te miro a ti!...

Vén! olvidemos los sinsabores
De tanta pena, tanto dolor!...
Busquemos juntos climas mejores,
Eternas flores
Y eterno amor!





UN AMIGO

Vamos, amigo,—me dice
Extendiéndome la mano.
Cinco años tiene, y, ufano,
Dios al verlo lo bendice!...

Cuando vamos de paseo
Él me habla á cada momento,
Y siempre tierno y contento,
Siempre risueño lo veo.

Corre con gozo infinito
Cuando un nido lo reclama,
Pero lo deja en la rama...
Él sonríe, y yo medito!

Si ve una flor, su fragancia
Vuela á aspirar sin reparo,
Y yo, entre tanto, comparo
La candidez de la infancia,

Y su aroma—la inocencia—
Al aroma de la flor,
Y no sé cuál es mayor
Ni cuál da más grata esencia!

Cuando ya el sol se sepulta
En la tumba del ocaso,
Detenemos nuestro paso
Sobre la barranca inculta.

Entonces me pide un cuento,
Y mi inquieta fantasía
Mil seres extraños cría
Dándoles forma y aliento.

Al resplandor de la luz
Del celaje vespertino,
Le hablo mucho de Aladino,
O le retrato á Tom Pouce.

Y jamás me falta una Hada
Que sirva de Providencia,
Y premiando á la inocencia.
Castigue al crimen, airada!.

Le hago saber que la vida
Guarda escollos para el alma,
Y que cuando huye la calma
Es eterna su partida!

Que la niñez es la aurora
Sin una nube en el cielo,
Sin el amargo recelo
Que el desencanto devora!

El me escucha siempre atento
Con muestras de aprobación,
Y tiembla su corazón
Al soplo del sentimiento!

La luz del sol, entre tanto,
Da el último adiós al monte,
Y en el diáfano horizonte
Tiende la noche su manto.

Yo le hago admirar los varios
Y pintorescos paisajes,
De los árboles salvajes
Y los buques solitarios.

Y cuando al fin se desploma
El crepúsculo sombrío,
Y se divisa el navío
Como una blanca paloma;

Cuando eleva su rumor
La voz de Dios en la tierra,
Y la fe que el alma encierra
Rebosa en ondas de amor;

Mudos quedamos los dos
De lo eterno bajo el peso;
Él me pregunta:—«¿Qué es eso?»
Y yo le contesto:—«Dios!»



ESTANCIAS

PARECE que las flores, tus hermanas,
Te hubieran dicho en el ramaje umbrío,
El secreto que todas las mañanas
Confían á los céfiros del río!

Porque tu voz, exenta de congojas,
En círculos brillantes se dilata,
Con el rumor de las marchitas hojas
Que el soplo de los vientos arrebata!

Hace soñar con la tranquila aurora;
Con el fresco raudal que serpentea;
Con la luz de la tarde encantadora
Que entre las nubes del cenit chispea.

Con los vagos acordes de la brisa
Que van gimiendo por la selva oscura;
Con el iris de paz de una sonrisa
Que sobre el rostro del placer fulgura!

Con las olas que tocan las riberas
Acariciando al sauce que se inclina;
Con el verde matiz de las praderas
Y el contorno fugaz de la colina.

Con los cendales de la blanca bruma
Que se cierne en la atmósfera serena;
Con el fulgor de la azulada espuma
Que espira y besa la dormida arena;

Con esa luz que en el oriente asoma
Cuando se alza la aurora solitaria;
Con la voz musical de la paloma;
Con la voz celestial de la plegaria!

Tú serás como el ave que se posa
Donde quiera que un árbol se levanta,
Y allí, sola en la tarde silenciosa,
Para arrullar su pensamiento, canta!

Te prestará su luz el firmamento;
Te contarán las fuentes sus amores,
Y subirá tu espíritu sediento,
Como sube el perfume de las flores!

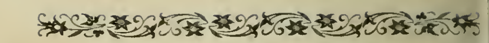
¡Feliz el alma que en la noche ardiente
Atraviesa con calma este desierto,
Pidiendo una onda á la infinita fuente,
Pidiendo un eco al inmortal concierto!

Y al desgarrar la fúnebre mortaja
En que se envuelve nuestro afán sin nombre,
¡Feliz el alma que á la tierra baja
A redimir de la materia al hombre!

Ella va, como Ofelia enamorada,—
Mitigando el dolor de los dolores,—
A derramar sobre la tierra helada,
Pasión y sueños, ¡lágrimas y flores!

Ella es la musa que al poeta inspira;
¡Ella es la fe que al corazón restaura;
Ella mezcla en las cuerdas de la lira
Los dulces nombres de Beatriz y Laura!...





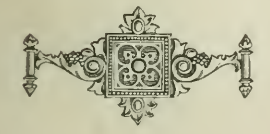
JUNTO Á LA CUNA

VELANDO junto á la cuna
Miraba la madre, ansiosa,
La sonrisa candorosa
Del ángel de su fortuna.

La luz del alba asomaba;
Cuando se hundió en Occidente
Alumbró la triste frente
De la madre que lloraba,

Y cual náufrago perdido
Sobre el mar amenazante,
Demandaba suplicante
La dulce paz del olvido!...

Hoy la cuna está vacía,
Pero la madre, enlutada,
Alza la vista extraviada
Y la mece noche y día!...





PALABRAS EN LA SOMBRA

Hombres! me cansa vuestra eterna lucha!...
Siempre muerte, amarguras, ambiciones;
Siempre el lamento del dolor se escucha
Perdido en el hervor de las pasiones!

Desciende sobre el alma el desencanto;
El corazón herido se adormece
En la cobarde vanidad del llanto,
Y el ángel de la fe desaparece!

Busco la fuente de la eterna vida,
Busco el amor, la inspiración, la gloria,
Y me arrastra la turba embrutecida
Como escoria que rueda entre la escoria!

Amor! triste ilusión! mi pecho ardiente
Convulsionado en la inacción se exalta,
Y hierve como el rápido torrente
Que entre las rocas de la cumbre salta.

Todo me impulsa á la batalla, todo
Me muestra el porvenir,—y acongojado,
No puedo levantarme desde el lodo
Con los brazos tendidos al pasado!

Oh! dejadme soñar!... El mundo entero
Palpita lleno de pasión: el monte,
El manantial, el bosque placentero,
El astro, la campiña, el horizonte!

Se estremece la selva que despierta
Cuando asoma brillante la mañana,
Y el sol desgarra la extensión desierta
Con sus celajes de luciente grana.

Y yo, entre tanto, en la tiniebla oscura,
Reparto, esclavo del destino recio,
A todas las desgracias mi amargura,
Y á todas las grandezas mi desprecio!...

Juventud! Juventud! Soplo divino!
Inspiración del alma palpitante!
Hoguera que nos muestras el camino
Iluminando el porvenir distante!

Manantial despeñado que te arrojas
Entre zarzas y agrestes matorrales,
Arrullando tus intimas congojas
Al compás de canciones celestiales;

Busco el ardor de tu celeste fuego.
Tu savia ardiente, tu visión perdida,
Suspiro, lloro, me arrebato, ruego,
Pido la fe, la tempestad, la vida!

Me devora la fiebre del orgullo,
Y, al evocar mi inspiración primera,
Me dicen con tiránico murmullo,
El mundo: Muere! el corazón: Espera!



UN ZAPATO

Tu zapato, abandonado
Sobre la alfombra sombría,
Sereno resplandecía
Con un reflejo azulado.

Todo guardaba el amor
De tu presencia cercana:
La cortina en la ventana,
Y en el búcaro la flor!

Se aspiraba una fragancia
De pureza y poesía,
Que á mi memoria traia
Los recuerdos de la infancia!

Y al contemplar sobre el suelo
Aquella prenda olvidada,
Donde mi inquieta mirada
Detuvo el rápido vuelo,—

Fijando la vista atenta
Pensé, de placer henchido,
Que en él no hubiera cabido
El pié de la Cenicienta!...





ELEVACIÓN

Inquieto afán, incomprensible angustia
En el lejano porvenir se encierra...
Pasa el turbión, y la arboleda mustia
Da sus hojas marchitas á la tierra!

Se levanta el espíritu abatido
Y el mismo efluvio en la extensión remota,
Vierte calor en el agreste nido
Y arranca de los árboles la nota!

La rauda chispa que del astro errante
Baja, y se baña en el cristal del río,
Alumbra las facetas del diamante
Y da luz á las gotas del rocío!

Dios nos hace marchar en los escombros,—
Envueltos en los pliegues de un sudario,—
Con la fúnebre cruz sobre los hombros,
Y delante la senda del Calvario!

¡Ay del que espira en el placer liviano
Y sostenido por el vicio flota!
¡Ay del bajel si ruje el oceáno!
¡Ay del Werther que encuentra una Carlota!

El polvo sobre el polvo se amontona,
La ambición á la gloria se encadena,
Y hasta tiembla en la frente la corona
Cuando la plebe sublevada truena!

Se confunde la risa con el llanto
Después de las alegres saturnales,
Y el corazón, al levantar el canto,
Acompaña sus propios funerales.

Amor! Virtud! Indefinible anhelo!...
¿Queréis el resplandor de una diadema?...
¡Abandonad el miserable suelo,
Por el fulgor de la verdad suprema!

Levantad á los cielos la conciencia
Entre la gloria, la pasión y el genio,
Sin pasear vuestra helada indiferencia
Bajo el manto andrajoso de Antisténio!

Dios es quien vela sobre el cielo inmenso
Alumbrado en la noche solitaria...
Para Dios, el perfume es un incienso,
Y el grito de dolor, una plegaria!

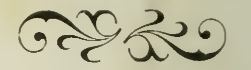
El corazón, en el dolor cautivo,
A su golpe funesto se acrisola,
Y mira con desdén despreciativo
La copa de cicuta y la aureola!

El tropel de sus dichas fementidas
Le presta aliento, en la siniestra calma
De un pecho que desgarra sus heridas,
Para medir la majestad del alma!

Marchemos, pues, por la tostada alfombra,
Que el sol calcina, que sacude el viento;
Marchemos bajo el manto de la sombra
A apagar esta sed del pensamiento!

Vamos allí, donde la aurora asoma
Y bebe el corazón luz y hermosura,
Como bebe la cándida paloma
En la corriente cristalina y pura!

¡Oh espíritu inmortal! ¡Oh inspiraciones
Posadas en mi mente solitaria!...
Conducid sobre una ala mis canciones,
Conducid sobre otra ala mi plegaria!...





VISIÓN

Son nom! son nom! c'est: Poésie.
A. RENAUD.

Es bella y me ama; su acento
Tiene la tierna dulzura
Del rumor de la espesura
Que roza apenas el viento!

En las noches azuladas
Brilla, con gracia indolente,
La juventud en su frente
Y el pudor en sus miradas!

Es la visión que nos hiere,
Y, en medio de los dolores,
Ceñida la sien de flores,
Como Ofelia, canta y muere!

Un día, solo y cansado,
Cuando en la tarde moría,—
Como en mi alma la alegría,—
La luz del sol destronado;

Mientras lleno de emoción,
Se nublaba el cielo frío
Y el crepúsculo sombrío
Avanzaba en la extensión;—

Enfermo, pálido, herido
Por la fiebre que devora,—
Ví, como luz de una aurora,
Su perfil desvanecido.

Y, al latir mi pecho inerme,
Besó mi frente altanera;
Me dijo primero: «Espera!»
Y me dijo después: «Duerme!»

«Yo soy la voz incesante
Que acompaña con su acento,
Los triunfos del pensamiento,
Y las glorias del amante.

«Yo comprendo la armonia
De la brisa entre las hojas,
Y apaciguo las congojas
Del alma pálida y fría!

«Yo me baño en los fulgores
De la estrella vespertina,
Que por la noche ilumina
Los pétalos de las flores!

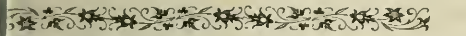
«Yo sigo el rápido giro
Del aura que se levanta;
Sé á quien el pájaro canta,
Y lo que dice el suspiro!

«Sé porque rujen los mares,
Y arrastra, en mudo concierto,
El huracán del desierto
Hojas secas y pesares!

«Sufre tu suerte sin nombre
Con el valor del atleta!
La vida te hará poeta,
Pero el dolor te hará hombre!

«Duerme! pobre peregrino!
Calma tus penas, olvida,
Y abandónate á la vida
Como el polvo al torbellino!





ESPERANZA

No es tan sólo un delirio de la mente
Esta explosión de la verdad suprema,
Que enciende una aureola en cada frente
Y en cada corazón canta un poema!

Perdidos en el seno del abismo,
Sin contemplar en la desierta playa
Más que la luz de un pálido espejismo,
La fe vacila, el corazón desmaya!...

Y en esas horas en que Dios desploma
Todo el horror de la ansiedad inquieta,
Sin retornar al arca la paloma,
Se oscurece la frente del poeta!

Ah! si después de la borrasca aciaga
El iris no alumbrára nuestro paso;
Si cuando el astro en la extensión se apaga
La frente hundiéra en el eterno ocaso;

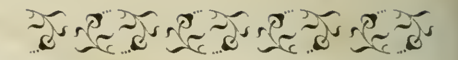
Si del capullo que el gusano encierra
No se viera surjir la mariposa;
Si el hombre, polvo, á la enlutada tierra
Tornára en el abismo de la fosa;

Si, cegados en medio del camino,
Una emboscada fuera nuestra suerte,
Y la venda siniestra del destino
Nos llevára engañados á la muerte;

Si el corazón que lo ambiciona todo,
Angel caído del celeste rango,
Buscando el cielo descendiese al lodo
Y manchára sus alas en el fango,—

¡En la erupción salvaje del delirio
Que ofuscára la mente conmovida,
Valiera más optar por el martirio,
Que arrastrar la cadena de la vida!...





LAS HOJAS

Las hojas se han desprendido
Del árbol estremecido
Por el inquieto turbión...
Como ellas, huye sombría
La alegría
Y la pasión.

Ayer el dulce embeleso
De las brisas. Hoy el beso

De la escarcha matinal!
Ayer los sueños del alma
Y hoy la calma
Sepulcral!

Hojas, volved á la rama!
El árbol sombrío os llama
Llorando su soledad,
Sus amores halagüeños
Y sus sueños
De otra edad.

Brama el viento del otoño;
Pierde su fuerza el retoño;
Dobla su tallo la flor,
Y el gusano que la mata
Le arrebata
Su vigor!

Las nubes cubren el cielo;
Envueltas en negro velo
Las esperanzas se van,
Y tiembla el alma á su empuje
Cuando ruje
El huracán!

¡Adiós, últimos fulgores
Del astro de los amores
Que vais de la vida en pos!
¡Adios, íntimas congojas!
¡Adiós, hojas!
¡Luz, adiós!...



JUNTO AL FUEGO

Misterio y soledad! Como un lamento
Resuena el himno que la tierra eleva
Y espira en el cristal del firmamento;

Incesante concierto que renueva,
Desde el zumbido del insecto errante
Hasta el suspiro que la brisa lleva...

Aquí donde el estrépito incesante
Del hombre que se agita, arrebatado
Por el raudal de la ambición constante,

No atraviesa el recinto sosegado
En que tiende su vuelo la memoria
Y exhuma los fantasmas del pasado, —

Vuelve á evocar mi corazón su historia
Y, al pasar, acarician mis cabellos
Sus visiones de forma transitoria!...

Corazón! Corazón! tus sueños bellos
Despiertan otra vez mis ilusiones
Y me bañan en fúlgidos destellos.

No han muerto tus espléndidas pasiones,
No se ha secado el manantial ardiente
Que arrulló mis primeras expansiones;

Como ayer el espíritu ferviente
Palpita con placer; bulle la vida,
Y hierve como indómito torrente;

Como ayer esta atmósfera encendida,

Trae recuerdos de amor, en los gemidos
Que parten de la selva estremecida;

Como ayer, en el fondo de los nidos,
Se oye ruido de cantos y de besos,
Que son ¡ay! el más bello de los ruidos;

Y siento tus primeros embelesos
Sacudirse en tropel, como las hojas
Mecidas en los árboles espesos!...

¡Oh tiempo apresurado, que despojas
De sueños, de esperanzas, de ternuras
Al alma que ha probado tus congojas!

¡Oh viejo misterioso, que apresuras
Nuestro paso en el mundo, y nos señalas,
Sin piedad, las calladas sepulturas!

Mano que empaña las terrestres galas;
Dardo que hiere; soplo que marchita;
Viento en que plega el pájaro las alas,—

¡No has triunfado! Mi espíritu palpita;
Mi esperanza de nuevo se agiganta,

Y mi ansia de placer es infinita!

La quimera á mi paso se levanta;
La Esfinge me ha confiado su misterio,
Y Dios me ha dicho en el oído: canta!

El sueño del amor; el casto imperio
De un alma que somete la existencia
Al yugo de su dulce cautiverio;

Ese santo poder de la inocencia
Que alumbra los abismos, y depura
De pesares y sombras la conciencia;

Esa palabra de inmortal ternura,
Que, como beso de pasión estalla,
Y como nota de laúd murmura,—

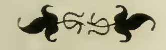
Me prestan nuevo aliento en la batalla,
Y acarician mi sien palidecida,
Cuando el murmullo de la vida calla!...

Y tú, blanca visión, desvanecida
En copos de ilusión; sombra que llegas
Con la corona de azahar ceñida;

Tú que quizás por mi ventura ruegas,
Y á cada brisa que en las flores gime,
Las esperanzas de tu suerte entregas,—

Ah! vuelve ahora, que el dolor me oprime!
Vuelve, que tiembla mi conciencia oscura,
Y á mi agitado corazón redime!

Tú me has hecho sentir que la amargura,
Como nube de estío, es pasajera:
Que el amor, como el sol, siempre fulgura,
Y que el alma es la eterna primavera!





PENUMBRAS

Me agrada la borrasca delirante
Que subleva las ondas de los mares
Y se pierde en la sombra, sollozante!

Agigantan mi alma los pesares,
Y mientras otros aterrados gimen,
Yo levanto con fe nuevos cantares!

Cuando las sombras del dolor oprimen,

En esas horas en que el alma pura
Se siente acariciada por el crimen,—

Solo y perdido en la tiniebla oscura,
Yo sueño, yo medito, y en mi mente
La herida del dolor, abre y supura!

Yo escucho el eco de la voz ardiente,
Que, bajando del astro hasta la grama,
Refiere al corazón algo incoherente!

Oigo gemir el céfiro en la rama,
Y en el rumor del río que suspira
Yo descubro un acento que me llama!...

Oh poetas! ¿no es cierto que en la pira,
La divina actitud que el alma asume
Hace brotar el rayo de la lira?

¿No es verdad que la mente se consume
Cuando Dios no nos habla cariñoso
En el día, en el astro y el perfume?...

Oh! yo lo sé, que á veces silencioso
El manto de la noche me ha abrigado

En la fronda del bosque rumoroso,

Y al detener mi paso fatigado,
Con amor á tu amor, Naturaleza,
Descansando en tu seno, he meditado!...

Es que tu reino solitario empieza
Allí donde las llagas de la vida,
En la sangre inoculan la tristeza!

Allí donde la mente enardecida,
Con las alas cortadas, bate el suelo
Como en la roca el águila vencida!

Cuando herido por triste desconsuelo
El hombre se levanta de la tierra,
Y se pierde en los ámbitos del cielo,—

Lejos del mundo y su cobarde guerra,
Habla con Dios en el tranquilo viento,
O en el rugido del turbión que aterra!...

Cada flor, cada tierno pensamiento
Que en la conciencia su fragancia vierte,
Despierta una emoción ó un sentimiento.

El poeta en profeta se convierte,
Y sondea el misterio de la vida
Comprendiendo el misterio de la muerte!

La ilusión, el amor que arde y anida
En cada corazón donde la idea
Va formando una tromba embravecida,—

Hacen surgir la voz que balbucea,
El huracán frenético que zumba,
El rayo que en la sombra centellea !...

¡Todo á su empuje tiembla y se derrumba !
Pero en el seno del turbión violento,
Renace del capullo de la tumba
El fénix inmortal del pensamiento !...





TEMPLO SIN DIOS

El templo está solitario,
Rotos los viejos altares,
Destrozados los sillares,
Y abandonado el sagrario!

Ni una lámpara ilumina
Su soledad importuna.
¡Sólo lo baña la luna
Con su lumbre mortecina!

En sus ámbitos desiertos
Se elevan, mudos, los santos,
Como escuchando los cantos
Del órgano de los muertos!

Los sacerdotes no llegan
Al oscuro monumento,
Que no escucha otro lamento
Que el de los vientos que ruegan.

Señor! quebranta esa calma
Que, absorto y mudo, contemplo.
Vuelve á reinar en tu templo
Volviendo la fe á nuestra alma!





ENTRA Á UN CONVENTO

Get thee to a nunnery; why wouldst thou a breeder of sinners?... We are arrant knaves, all; believe none of us. Go thy ways to a nunnery!...

HAMLET.

Yo que veo tu gracia y tu pureza
Perdidas entre el ruido y el tumulto;
Yo que absorbo la luz de tu belleza;
Yo que te rindo culto;

Yo que en la noche solitaria, aspiro
La fresca emanación de tu perfume,
Y apago en el rumor de tu suspiro
La sed que me consume;

Yo que he puesto en tu fe mis ilusiones,
Yo que te amo en silencio, vida mía,—
¡Maldigo la impureza y las pasiones
De esta perpetua orgía!

¡Mira, y deplora nuestra triste historia!
Uno rueda en la sima de la suerte,
Otro va á la pasión, otro á la gloria...
Y todos á la muerte!

Aquél vuelve con paso vacilante
Del seno de las torpes bacanales,
Y prostituye en vértigo incesante
Sus horas virginales.

Este se abraza á la ambición, y el mundo
De cadáveres siembra su camino,
Mientras lo alumbra el esplendor fecundo
De su inmortal destino!...

Tú que contemplas sin rencor ni pena
La turba que se arrastra ante tu planta,
Angel que sufre su mortal condena
Y en el destierro canta;

Tú que eres pura, como el sol que extiende
Su púrpura en la nieve de la cumbre,
Y, al caer el crepúsculo, la enciende
Con moribunda lumbre;

Di, ¿no comprendes con pesar profundo
Que te mata la hiel de la existencia,
Y que el mismo turbión seca en el mundo
La flor y la conciencia?

¡Huye de sus halagos! Su veneno
Lacera el pecho. Su desdén lo agita.
Su ódio lo impregna de dolor... Sileno
Corrompe á Margarita!

Y, al hundirla en las sombras solitarias,
Va tras otro placer, siempre risueño,
Sin dejar á esa muerta sus plegarias
Para arrullar su sueño!...

Oh! yo lo sé! Cuando agitado espío
Tu forma palpitante y seductora
Que cruza en el crepúsculo sombrío
Como una blanca aurora;

Cuando lleno de gloria me imagino
Ver una confidencia en tus sonrojos,
Y llevar, por estrella, en mi camino
La llama de tus ojos;

Cuando contemplo en la penumbra incierta
Tu rostro libre de pesar y agravios,
Y, al mismo tiempo que la voz, despierta
El iris en tus labios;

Cuando todas tus gracias centellean;
Cuando mi triste corazón te invoca,
Y, como aves de amor, revolotean
Los besos en tu boca;

Cuando el triste pasado se derrumba
Y todo marcha á agonizar perdido:
La barca al mar, los hombres á la tumba,
Las almas al olvido;

Cuando digo á las brisas rumorosas
Una palabra que, al pasar, te agita;
Y encierro en las estrofas armoniosas
El verso que palpita;

Cuando te llamo trémulo y te imploro,
Me ciega la visión de tu pureza,
Virgen! me quema tu esplendor, y lloro
Tu espléndida belleza!

Escucho de las turbas el murmullo;
La loca vanidad de la opulencia;
Siempre el vicio, la muerte y el orgullo...
Y nunca la inocencia!

Sondeo la tiniebla descarnada
Donde cruzan las almas espiatorias,
Para hallar en la nada de esa nada
Alguna de mis glorias!

Y ¡ay! todo hiere al corazón sombrío!...
La flor dobla su tallo macilento
Y el placer, en el fondo del hastio,
Deja remordimiento!

Todo es tortura, vanidad, mentira;
La gloria un sueño, la verdad un nombre;
Besa la mano del poder la lira,
Y el hombre huye del hombre!...

¿No oyes brotar el doloroso grito
De la pasión, los odios, las quimeras
Que arrojan en el vértigo infinito
Sus voces lastimeras?

¿No ves al hombre combatiendo, presa
De un tirano fatal que lo domina,
Unir al labio que la herida besa,
La mano que asesina?

Oh! si lo ves! Cuando en la noche gime
El viento en la arboleda solitaria,
Algo cuenta tu espíritu sublime
A Dios en la plegaria!

Algo que enciende tu emoción; que vela
El límpido cristal de tu ternura
Y, como el canto de las aves, vuela
Perdido en la espesura!

Algo que te habla con rumor doliente
Y te lleva al abismo del pasado,
Como un nido que arrastra la corriente
Del río desbordado!...

Pero el mundo te espera. Sus fulgores
Te embriagan, sus sonrisas te iluminan;
Y ante tu paso sus vistosas flores
Con emoción se inclinan!

Y cuando, al fin, la ráfaga impetuosa
De la pasión, marchite tus encantos;
Y respondan á tu alma quejumbrosa,
Risas en vez de llantos;

Cuando descubras el pesar inquieto
Debajo de la máscara sonriente,
Y la tormenta de un dolor secreto
Haga estallar tu frente;

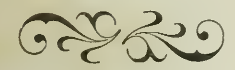
Cuando en los brazos del amor liviano
Agotes el placer de los sentidos,
Y en tu desierto corazón, en vano
Quieras buscar latidos;

Marchitarás tu juventud inquieta,
Te arrancarás del corazón su llama,
Como el histrión se arranca la careta
Cuando termina el drama!

Huye! no escuches la palabra impia
Del crimen que devora la conciencia;
Guarda pura en tu pecho, vida mía,
La luz de tu inocencia!

Huye del vicio y la maldad sin nombre;
Del vértigo terrible de un momento;
De la mentida majestad del hombre...
Y pronto, entra á un convento!...

1881.





LA REINA TITANIA

Montes, árboles, cavernas
Me obedecen. A mi acento
Acalla su grito el viento
Y el mar sus voces eternas!

Las fieras, á mi deseo,
Amordazan sus pasiones,
Como al oir las canciones
De la cítara de Orfeo!

Próspero dulce me adora!
Puck acude á mi llamado,
Y hago brotar del pasado
La luz de la eterna aurora!

Los genios con emoción
Sobre mis huellas caminan,
Y cuando paso se inclinan
Desde Phalénio á Oberón!

Yo comprendo los rumores
De las ramas y las brisas,
Yo comprendo las sonrisas
De las fuentes y las flores!

A veces, cuando la luna
Derrama su luz de plata
Que se mira y se retrata
Sobre la blanca laguna;

Cuando siento el pecho opreso
Por la falta de cariño,
Voy á la cuna de un niño
Y estampo en su frente un beso;

O, sin brújula ni norte,
Sobre las praderas vago
Y cito al borde de un lago
A las damas de mi Corte!

Ved! entre verdes laureles
La Elfa pálida acude,
Y en su carrera sacude
Su gorro con cascabeles!

El Gnomo, con paso lento,
Deja sus viejos tesoros
Y confunde en nuestros coros
La armonía de su acento!

La Willis rápida gira
En los túmulos perdidos,
O se adormece en los nidos
Y en los raudales suspira!

La Salamandra gozosa
Baila en las llamas brillantes,
Y entre mágicos cambiantes,
Ni se cansa ni reposa.

Todo este mundo me es fiel,
Y á mi acento, de improviso,
Trínculo imita á Narciso
Y mi mano besa Ariel!

Mirad! ya la ronda emprende
Sus vuelos vertiginosos,
Y se ligan silenciosos
El Vampiro con el Duende!

La flor sacude el rocío,
Suelta al aire sus cabellos
Y refleja los destellos
De la luna en el vacío!

Ella, la púdica niña,
Se transforma, coquetea
Y sin temor se pasea
Sobre la extensa campiña!

El manantial se detiene,
La ninfa sale curiosa
Y en la noche silenciosa
A mirar la fiesta viene!

¡Venid! las sombras airadas
Huyen ya de la floresta...
Venid, venid! es la fiesta
De la reina de las hadas!...





ALICIA

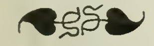
Hay almas—cual la tuya seductoras,—
Que nos bañan en dulces resplandores
Como el rayo del sol de las auroras!
No han probado la hiel de los dolores,
Vienen al mundo á devolver la calma
Al pecho herido, al corazón cansado,
A borrar el recuerdo del pasado,
A reanimar con su virtud nuestra alma!

Tú levantas la frente esplendorosa
Por el destello del Señor ungida,
Y con la luz de tu pupila hermosa
Alumbras el camino de mi vida!
Tú pasas á través de la amargura,
Tú pasas á través de la tristeza,
Llevando por escudo tu ternura,
Llevando por diadema tu pureza;
A tu vista la mente se levanta,
El corazón despierta, y en su acento
Desborda arrebatado el sentimiento,
Pues es el corazón el que te canta!

Oye su voz! La vida es cariñosa
Para todas las almas inocentes
Que atraviesan sus yermos inclementes;
Y el mundo que te mira luminosa,
Te brinda sus halagos, sus altares,
Se inclina cuando pasas, y, en ofrenda,
Deshojando sus flores en tu senda
Aparta de tu planta los pesares!...
Sé buena, sé feliz! Siempre bendita,
Brille á tu lado, en apacible calma,
La que te ha dado con el sér el alma
Y con tu mismo corazón palpita.

Ese amor maternal que se derrama—
Manantial de desvelos y cariño,
Tibio calor de inextinguible llama,—
En todo corazón, diáfano y puro,
Vivo conserva el corazón del niño!
¡ Nunca se muestre tu horizonte oscuro!
¡ Blando consuelo de la fe recibe,
Y amando siempre, tu esperanza eleva!
El amor, es la fe que se renueva!
El amor, es el alma que revive!...

Junio 1882.





A SOLAS

¿Por qué el dolor nos oprime
Y la duda nos espanta?
¿Por qué cuando el ave canta
La fuente solloza y gime?

¿Quién dió al viento sus rumores
En la tormenta ó la calma,
Y puso la fe en el alma
Como el aroma en las flores?

Oh Dios! Mi pecho se espande
Cuando se abisma en tu seno,
Concibiéndose más bueno
Al concebirte más grande!

Te ve doquiera. Te siente
Con entusiasmo profundo,
En el astro moribundo
Como en la estrella naciente!

De la cuna al ataud,
Pide, al cruzar la existencia,
Como un báculo la ciencia!
Como un fanal la virtud!





LA ESTATUA

Junto al mármol de la tumba
Hay una estátua que llora,
Y, en su abandono, deplora
La vida que se derrumba!

Con el seno conmovido
Bajo un encaje de piedra,
Pone su planta en la hiedra,
Y desafía al olvido!

Cuando queda solitaria,
Con los labios entreabiertos,
Parece alzar por los muertos
Su misteriosa plegaria.

Vibra temblorosa, herida
Por la brisa taciturna,
Cuando la sombra nocturna
Nubla su frente abatida!

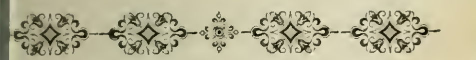
Y al resplandor vespertino
Que se pierde amenazante,
Como esas sombras que el Dante
Arrastra en un torbellino,—

Bajo el dosel de la esfera
Que con su sombra la agobia,
Parece la blanca novia
Que en la tumba nos espera!...

Llora, pobre ángel! Tu suerte
Es triste como la mía:
¡Junto á una tumba sombría
Velar su sueño á la muerte!

Pero á tí nada te agita
Y en mi sér su hiel derrama,
Un alma que sufre y ama,
Y un corazón que palpita!





BRIC-A-BRAC

Guardo en la cámara oscura
De mi cerébro enfermizo,
Mil espectros, que el hechizo
Del pensamiento conjura!

¡ Oh soledad! tú levantas
Mi espíritu á otras regiones;
Alumbras mis reflexiones,
Y mis éxtasis encantas.

Perfilas croquis sonrientes
O fantásticas siluetas,
En esas sombras inquietas
Que en las nieblas transparentes,

Cruzan, sin forma ni nombre,
A mis absortas miradas:
Facciones desencajadas;
Caricaturas del hombre...

Rostros de pieles ya secas,
Descarnados esqueletos
Que en sus afanes secretos
Contraen sus lúgubres muecas!

Vestiglos que el genio alzó
Y su grandeza alimentan,
O ángeles rubios que ostentan
Los colores de Watteau!

Nunca me dejan. Su acento
Resuena alegre en mi oído
Y se eleva, confundido
Con los rumores del viento.

Su contacto á todas horas
Disipa mis amarguras
Y en las tinieblas oscuras
Dibuja blancas auroras!

Son los huéspedes constantes
De mis inquietas visiones;
Mefistófeles burlones,
O Tartufos repugnantes.

Nada en el mal los arredra,
Y en los eternos confines
Invitan á mis festines
Al Convidado de Piedra.

¡Tal es tu poder inmenso,
Faro interior que deslumbras
É iluminas las penumbras
Del corazón indefenso!

¡Lumbre que brilla encendida!
¡Ilusión que nos consterna!
Tú eres la Antígona eterna
Que me llevas en la vida!

Es tu sonrisa inmortal
La que á mi vista chispea,
Tu palabra la que crea
Y une Gwymplaine á Belial!

Tu voz la que se insinúa
En el espíritu humano,
Dando el látigo á Luciano,
Y la risa á Gargantúa!

En las noches solitarias
Mezclando á los mismos males
El himno y las saturnales,
El requiem y las plegarias!

El ardor del alma joven,
Y las sombras del pesar:
Un gemido de Mozart,
Y un suspiro de Beethoven!

Paseando al corazón solo
Encima del cielo azul;
Sustituyendo á Irmensul
Por la belleza de Apolo!

La que, en el flujo y reflujo
De la amargura siniestra,
Al rey de los Aulnes muestra,
Junto al aprendiz de brujo!

La que hace al alma sublime
Cuando, en solitarios giros,
Alza Hoffman sus vampiros,
Y el violín de Kréspel gime!

La que permite que ondule
A nuestra vista el placer;
La que nos hace beber
La copa del rey de Thule!

La que su aliento nos da
Cuando, al amasar el lodo,
De un soplo alza á Quasimodo,
Junto á Yago y Habibráh!

La que saca del rescoldo
La luz, y, en mutuo convenio,
A Sancho Panza hace un genio,
Y un filósofo á Bertoldo!

La que en el verso severo
Muestra su pecho desnudo,
Brillante, como el escudo
De los guerreros de Homero!

La que despierta la idea,
Y en su calma soberana
Nos arroja la manzana,
Como la cruel Galatea!

La que nos levanta al rango
De los genios superiores:
Brisa que alienta las flores,
Midas que hace oro del fango!

Perfume de las adelfas
Que envenena y que domina!
La que brinda al mar la ondina,
Como al espacio las elfas!

La que á los rayos del sol
Que se oculta en el ocaso
Deja ver el tardo paso
Del misterioso Atta-Troll!

O cuando desciende á plomo
La luz blanca de la estrella
Confunde en la misma huella
Las pisadas de Ursus y Homo!..

¡Ilusión! tú sobrepujas
Todos los seres que inventa
El pincel que nos presenta
El sábado de las brujas:

Y al escuchar tu palabra
Parece que el alma herida,
En el vértigo perdida,
Gira en la Danza Macabra!..

Que el salvaje pensamiento,
Como Mazzepa, arrastrado
Sobre un corcel desbocado,
Va más rápido que el viento!

Y que el espíritu herido
Su desencanto devora
Y en la sima aterradora
Conteniendo su estallido,

Como Encélado, arrogante,
Siente el peso de la roca,
Cuyas asperezas toca
Con su espalda de gigante!

¡Oh demacradas ficciones
De mis horas de agonía!
¡Sombras que huís con el día
Que disipa las visiones!—

Nada me puede arrancar
Vuestro cariño constante,
Más grato que el aura errante
Que riza el agua del mar!

Venid! ya que todo gime
Doblado por la tormenta,
Y la amargura sangrienta
Nuestra conciencia redime.

Venid! entre el clamoreo
Del mal que ensaya, rugiente,
Para abatir nuestra frente,
Sus brazos de Briareo!...



QUIA QUIESCUNT

¡Ay! hundida en el misterio
De la amargura velada,
¡Qué triste es, Señor, qué helada
La noche del Cementerio!

Arde en la fúnebre pira
El pensamiento agitado,
Y su reflejo pasado
Compasión y horror inspira.

Pasa en la sombra la vida,
Como la rápida nube
Que ondula, se arrastra ó sube
Por la tormenta impelida.

Y de sus vivos fulgores,
De sus visiones de gloria,
Queda una urna aleatoria
Cubierta de secas flores;

Muere el ardor instantáneo
Que al corazón electriza,
Dejando polvo, ceniza,
Un relámpago y un cráneo...

Sentir nuestro pecho henchido
De esperanzas é ilusiones;
Abrigar nuestras pasiones
Como el pájaro en el nido;

Caminar, paso por paso,
Entre cármenes risueños
Y, envuelto en plácidos sueños,
Abismarse en el ocaso;

Ver que el cuerpo se derrumba
Como el árbol secular,
Y, de pronto, despertar
En la prisión de una tumba,—

¡Triste destino! ¿Qué importa
La suerte dulce ó amarga,
Cuando es la muerte tan larga,
Cuando es la vida tan corta?

Id en la senda sin nombre,
A ver, poetas, medida
La vanidad de la vida
En la miseria del hombre.

Allí se escucha el lenguaje
De la sombra moribunda;
Allí la extensión profunda
Rinde al polvo vasallaje;

Allí el féretro cubierto
Da su último adiós al día,
Y duerme en la noche fría,
En su sepulcro desierto!

Allí junto al seco cauce
Se levanta la luz fátua;
Allí es besada la estátua
Por las lágrimas del sauce;

Allí el sueño de la noche
Impregnada de armonía;
La brisa rápida y fria;
La flor que despliega el broche:

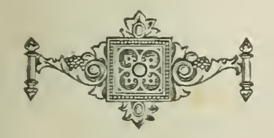
Allí el misterioso halago
De los rayos matinales,
Reflejado en los cristales
De los círculos del lago;

Allí las nubes lejanas;
La hiedra que serpentea;
El ave que balbucea
Mientras gimen las campanas;

Todo nos dice: «Misterio!
Sombra efímera de un día,
No turbes con tu alegría
La calma del cementerio!

«Deja tranquilos los muertos
Que, en la noche solitaria,
Quieren oir tu plegaria,
En sus sepulcros desiertos!

«No busques, alma perdida
Que hiere y bate la suerte,
En la mansión de la muerte
Los secretos de la vida!»





LAS LEYENDAS

En las noches tenebrosas
Leo esas tristes leyendas,
En que los genios combaten,
En que las nubes revientan,
En que el sol gime agobiado
Por el peso de las nieblas!

¡ Cuadros llenos de dulzura,
De majestad y belleza!

—Es el dôlmen del granito
Que en las planicies se eleva;
Es la roca de los druidas
Enlazada por la hiedra;
Son esas sombras que evoca
Ossián entre las tinieblas,
Y que acuden, como el rayo,
Con túnica de centellas;
Luego, es el mar que se agita
Bajo las brumas espesas;
La barca de los normandos
Que lucha con la tormenta;
La cabaña sacudida;
La nieve sobre la tierra,
Y el cielo convulsionado
Por las borrascas tremendas!
Es el combate implacable
Del derecho y de la fuerza;
El Génesis primitivo;
El mundo en la edad de piedra;
La oscura mitologia
Que alza la espada sangrienta,
Y en el cuerpo de la víctima
Todas sus maldades ceba!...

A veces, entre sus sombras
Una luz débil destella
Y el amor, como las flores,
Abre sus hojas serenas!
Y allí, bajo el cielo oscuro
De las noches sin estrellas,
En que se escucha el aullido
Del lobo entre la maleza,
Con la rueca en una mano,
Mientras el hogar chispea,—
Una virgen pensativa
Entona tristes endechas!

Pero ¡ay! la sombra desciende
Muda, impenetrable, densa!
¿Oís? Los torrentes mujen,
Alzan su trente las fieras,
Todo vive, todo lucha
En la gran naturaleza!...
La capilla solitaria
A sus campanas despierta;
Los magos cruzan los aires,
Y los monjes se maceran!
Mas tarde, como el murmullo
Que eleva la mar inmensa,

Roncos gritos se dilatan
Debajo de la arboleda!
Una voz impenetrable
Mueve el seno de la selva;
Los Kobolds dejan su sueño
Y los gnomos sus caveruas!
La ronda de los espectros
Lleva willis, hadas, elfas!...
Escuchad! La sombra late,
La tiniebla balbucea,—
Y vuelan por el espacio
Los cantos de la leyenda!...





FINIS

Cuando, después de la batalla, ruge
El eco de los últimos cañones,
Y marchan, á compás, los batallones
Perdido el fuego del primer empuje;
Cuando cae la tiniebla lentamente
Esparciendo su fúnebre sudario
Sobre el cuerpo mortal del combatiente
Que descansa en el campo, solitario;
Cuando se alumbra el triste campamento

Y enronquecidos callan los tambores
Entre la sombra sepulcral é incierta,
Se oye, á veces, un lúgubre lamento
Brotar entre gemidos y estertores
Y confundirse con el triste: Alerta!...
Un herido levanta la cabeza
Mira y se encuentra abandonado; lejos
Ve brillar luces, pálidos reflejos,
Y á su lado la sombra y la tristeza,
Rotos fusiles, rostros contraidos
Por el odio de todos los vencidos
Y el esfuerzo de todos los soldados!
Todo calla. Sus gritos prolongados
Se pierden en la bruma; se levanta,
Quiere marchar y rueda por el suelo;
La soledad de su dolor le espanta;
Sus labios secos buscan una fuente,
Y su pecho la calma de un consuelo!...
Luego, se arrastra débil, palpitante,
Pisa cuerpos helados, y su frente
Se cubre de sudor; sigue jadeante,
Y cuando, al fin, escucha los rumores
Del vibac y la voz del centinela
Que en la tiniebla inexorable vela
Junto á un montón de sables y tambores,—

Su cuerpo desfallece, su mirada
Se cubre con el velo de la muerte,
Y maldiciendo su implacable suerte,
Cae sin voz en la tierra humedecida,
Y sosteniendo el puño de su espada...

Poeta! soñador! esa es tu vida!...



LA VIEJA HISTORIA

Es una vieja historia, siempre nueva, que despedaza el corazón de aquel á quien sucede.

H. HEINE.



I.

Cubren al campo las flores
Y alegre despunta el día...
¡ Cosechemos, alma mía,
Los amores!

Bajo los bosques espesos,
El ave, en sus expansiones,
Mezcla con nuevas canciones
Nuevos besos!

Dios, entre la bruma incierta,
Hace brillar su sonrisa!

—Raudal, corre! Vuela, brisa!
Flor, despierta!

Abre tus pétalos suaves
Alma! olvida tus congojas;
Y ama como aman las hojas
A las aves!

II.

Batió mi nave la mar rugiente,
Sentí tus sombras, Inmensidad,
Y ni un momento nubló mi frente
La tempestad!

He visto el lecho del moribundo!
He visto el rayo de la pasión,
Con sus escombros, cubrir el mundo
Del corazón!

Siempre impasible, sólo un instante
Sobre mí, Muerte, te ví pasar

Como el albatros, negro gigante,
Sobre la mar!

Fué en las torturas del embeleso,
Fué en el arranque devorador
Del primer himno, del primer beso
De nuestro amor!

III.

—¿Por qué está callado el nido
Y suspira el manantial?
—Es que el rayo matinal
Del alba no ha aparecido!

—¿Por qué la selva se inclina
Sin un canto ni un rumor?
—Es que el rudo leñador
Ha derribado á la encina!

—¿Por qué la playa palpita
Con amargo padecer?

—Es porque vuelve á emprender
El mar su lucha infinita!

—¿Por que está mi alma cansada
Y mi pecho moribundo?
—Es que vas solo en el mundo
Y estás lejos de tu amada!

IV.

Cuando llegaba á su lado
Y ella me esperaba ansiosa,—
Olvidaba mi pasado,

Mi juventud angustiosa,
Y un suave beso imprimía,
Sobre sus labios de rosa!

Ella, esperando, leía
Alguna novela amante
O junto al fuego tejia!

La llama chisporroteante
Se alzaba con gozo puro
Sobre el carbón fulgurante,

Y dibujaba en el muro
Nuestras sombras enlazadas
Como al poder de un conjuro.

Mis amorosas miradas
Iban con ansia infinita,
Sobre su frente posadas.

Y me esperaba en la cita,
Como Mignon misteriosa,
Rubia como Margarita.

Me contaba cariñosa
Todos sus sueños de gloria,
Sus sueños color de rosa.

Todo el afán de esa historia
Que con lágrimas escrita,
Llevamos en la memoria.

Esa amargura infinita

Del olvido y de la muerte
Que en nuestras almas palpita,—

Cuando algún día la suerte
Solos nos deja en el mundo
Con el corazón inerte!

Y ante aquel cuadro profundo
De su vida y de la mía
Me sentía moribundo!

—«Ama! olvida!—le decía,
Deja morir lo pasado
Sin perturbar su agonía.

«Hay un eco desgraciado
Que en toda tu vida gime
Como un laúd destrozado.

«Pero el amor te redime:
Sin amor, eras infame;
Con amor, eres sublime!

«Deja que en tí se derrame
Todo el afán de mi vida

Y que mi pecho te aclame!

«Magdalena arrepentida,
Recobra tu antigua aureola!
Vén á mis brazos, y olvida!»

—«No!—contestaba. Me inmola
La venganza. Ya mi nave
Gime al golpe de la ola.

«Tu voz amorosa y suave
Quiere mitigar mis penas
Y consolarme no sabe!

«Llevo las rudas cadenas
Del recuerdo, y á mi paso
Viven las muertas escenas!

«Bajo mi traje de raso
Duerme un pecho sin latidos,
—Un sol muerto en el ocaso!

«Bosque sin hojas ni nidos,
Donde han dejado su huella
Los vientos y los olvidos!»

Luégo palpitante y bella
Me bañaba en los fulgores
De su mirada de estrella !...

—Oh ! los primeros amores !
La pureza de la infancia !...
Jardin de inmortales flores !...

¿Qué importa que la distancia
Nos aparte de tu senda,
Si nos sigue tu fragancia?

Qué importa que en la contienda
Del dolor, deje alguna alma
Su inocencia por ofrenda,

Si, como el aire á la palma,
El amor, desde el abismo,
Le vuelve su antigua calma:

Si, poderoso en sí mismo,
Alzando flores caídas,
Para las almas perdidas
Es un segundo bautismo?...

V.

Cuando la ví, blanca y rubia,
Llena de amor delicado,
Era de noche, y la lluvia
Mojaba el monte y el prado!

Después nuestras expansiones
Han muerto como las flores,
Como el nido sin canciones,
Como el raudal sin rumores!

Partí, contuve los gritos
De mi ignorado tormento,
Y los árboles marchitos
Se deshojaban al viento!

VI.

El viento que pasa triste
Del ave en pos,
La besa y dice:
—Adiós! Adiós!...

El alma á quien en la sombra
Visita Dios,
Dice á la tierra:
—Adiós! Adiós!...

Y el destino que implacable
Hiere á los dos,
Grita á nuestra alma:
—Adiós! Adiós!...

VII.

¿Tienes lástima á los muertos?
Yo compadezco á los vivos,
Estos eternos cautivos,
De corazones desiertos.

Sobre el polvo de la tierra
Envidio al que deja el mundo
Y con amor moribundo
En el sepulcro se encierra!

¿Eres más feliz acaso
Oyendo eternos gemidos
Y hollando amores fingidos
Bajo el rastro de tu paso?

Ay! el mundo, vida mía,
Como un torreón se derrumba!
—No alcemos en esta tumba
Los cantares de la orgía!

VIII.

Siempre á tí. Tus miradas, tu sonrisa,
El recuerdo inmortal de tu hermosura
Me trae inspiración, como la brisa
Lleva un beso á la flor de la llanura!

Alma amorosa, para mí perdida,
Me bañas en tu luz deslumbradora
Y flotas sobre el cielo de mi vida
Como nube teñida por la aurora!

¿Qué importa que el dolor y la distancia,
Sombras hermanas, caigan en mi frente?
—La flor exhala su primer fragancia,
Aunque ruede en las ondas del torrente!

Perdido y débil en el mundo, errante
Entre el dolor, la pena y los agravios,
Mi dulce paz, mi aspiración constante
Vuela á tí, como el beso de mis labios!

A mi paso rugiente se levanta
La multitud que el odio aguijonea,
Que lapida al que piensa y al que canta,
Y al herir la canción mata la idea!

El Crimen vil y la Miseria hambrienta
Tienden á mí sus manos descarnadas,
Y el poder que á los pueblos ensangrienta
Afila, pensativo, las espadas!

¿Este es el mundo, oh Dios? ¿Esta es la vida?
¿Este trémulo afán, esta amargura,
La virtud triste, la pasión vendida,
La opulencia abrazando á la impostura;

En todas partes el dolor que estalla;
La venganza ensañada en los vencidos
Y entre el lúgubre horror de la batalla
Tronos rotos y pueblos corrompidos?

Oh! mi perdido hogar! Mis largas noches
De inspiración y soledad! Mis días
Exentos de amarguras y reproches,
Poblados de silencio y armonías!

Adiós! la vida con afán me llama,
El porvenir inexorable espera!
El que lucha es hermano del que ama
Y el poeta también lleva bandera!

¡A la lid! Ni suspiros ni oraciones.
Como el buzo en las ondas del oceáno
El hombre se sumerje en las pasiones...
¡El toque de clarín suena en el llano!

IX.

Eres altiva. Comprendes
Quc tu gracia nos domina
Y cuando la marcha emprendes,
Como un manto purpurino,
Arrastras la muselina!

Bello, bello es tu destino,
Tu porvenir encantado;
Y en tu risueño camino
Llevas tus pasos inquietos

Sin despertar el pasado!

Calma esos goces secretos:
¡La belleza dura un día,
Y bajo la tierra fría,
Ay! todos los esqueletos
Son iguales, vida mía!

X.

Mis sueños de alegría y de victoria
Quedan en tu memoria
Como el recuerdo de una antigua historia!

Mis pálidas canciones
Van dejando á tu paso y en girones
Pedazos de pasiones!

Miro sombrio el porvenir incierto,
Mi vida es un desierto...
¿Mi corazón?. . Mi corazón ha muerto!. .

XI.

¿Dónde está el sol? ¿Adónde están las flores?
¡Qué mustia calla la extensión sombría!
Ni suspiros, ni trinos, ni rumores.
¡Mi amargura es igual á la del día!

¡Qué mustia calla la extensión sombría!
¿No es verdad, no es verdad, Naturaleza,
Que asocias á nuestra alma tu agonía
Y mezclas á la nuestra tu tristeza?

¡Ni suspiros, ni trinos, ni rumores!
La luz muere; el espíritu agoniza,
Y confunden los dos sus estertores...
¡La llama y la pasión dejan ceniza!...

XII.

Vén. Sobre el llano y el monte
Cruza el céfiro callado...
¿No oyes volar por el prado
Las estrofas de Anacreonte?...

Oh! mi amor. Oye el acento
De la brisa; oye el gemido
Del manantial escondido
Que resbala soñoliento!

Oye la dulce querella
Del ave que no reposa;
Besa el labio de la rosa;
Bebe la luz de la estrella!...

Muestra á la selva tus galas
Y que, al pasar por su lado,
Te ofrezca su alfombra el prado
Y los pájaros sus alas!

Cariñosa es la pradera;
La mañana seductora...
Una dice: Soy la Aurora!
Otra: Soy la Primavera!...

Y de la fuente al rumor
La naturaleza pura,
Al contemplar tu hermosura
Te dice: Soy el Amor!

Deja que rian los sabios
De nuestros mutuos excesos:
El labio busca los besos
Y el beso busca los labios!

Correremos por el llano
Recogiendo margaritas,
Con caricias infinitas
Y con tu mano en mi mano.

Y al llegar el medio dia,
Sobre la yerba tendidos,
Los pájaros en sus nidos
Nos brindarán su armonia.

Acallando los rumores
De las ramas y las aves,
Alzaré con ecos suaves
La canción de los amores.

Te diré cuánta ternura
Llena mi alma de poeta,
Cuando el porvenir me inquieta
Meditando en tu hermosura.

Te diré las ilusiones
Del que huyendo del tumulto
Hace de su vida el culto
De su gloria y sus pasiones!

Te contaré mis dolores,
Y, al poder de nuestro amor,
Que, como el astro y la flor,
Tiene perfume y fulgores,—

Bajo las ramas, dispersos,
Se alzarán, á nuestro acento,
Como hojas que arrastra el viento,
Revoloteando los versos!...

XIII.

Tu cuarto está abandonado,
Mudo, triste, solitario,
Templo sin Dios, y santuario
Del pasado.

Todo conserva, angel mio,
Tus recuerdos. En la mesa
El gran tintero bosteza
Con hastío.

Sobre el canapé dorado
Que en las tinieblas asoma
Un peinador se desploma
Fatigado.

El hogar espera y llama
Lleno de angustia anhelante
El calor vivificante
De la llama.

Se inclinan tallos desnudos
Sobre los jarrones secos,
Y en la sombra, hasta los ecos
Están mudos!

El sillón abre los brazos
Ya de cansancio rendido
Y la alfombra espera el ruído
De tus pasos.

Calma de muerte es la calma
De esa muda sepultura,
Más triste que la amargura
De mi alma!

XIV.

Rayo que pasas sobre mi vida
Como una estrella por la extensión,
Deja que mi alma, triste y vencida,
Palpite herida
Por la pasión!

¿Por qué te he visto, luz de mi cielo?
¿Quién me ha brindado tu resplandor?
¿Quién te ha hecho el ángel de mi desvelo,
Mi único anhelo,
Mi único amor?

Tuyo es el sueño de mi existencia,
Tuyos los ecos de mi canción,
La fe tranquila de mi conciencia,
Mi dulce creencia,
Mi inspiración.

Mis noches tristes están pobladas
Con los insomnios de la orfandad,
Mis esperanzas desencajadas
Luchan airadas
Con tu maldad.

Y estoy cansado. Triste y herido
Te da su savia mi corazon,
Que te ha entregado su amor, rendido,
Como un vencido
Su pabellón!

XV.

Toma tus cartas besadas
En mis horas de agonia,
Y brinda á otro tus miradas
De alegría.

Toma esta rosa marchita
Que nuestros labios amantes
Ungieron en una cita
Palpitantes.

Adiós! Adiós! Sé dichosa.
No comprendas los dolores
De mi suerte tempestuosa.
¡Nunca llores!

XVI.

Ay! en las sombras del pesar un día
Se unieron nuestros labios. El Destino
Te colocó en mitad de mi camino
Y me arrojó á tus brazos, alma mía!

Me voy. ¿A dónde? Al porvenir incierto!
El mar me abre sus senos ignorados:
Voy á unir mis acentos desolados
A la inmensa tristeza del desierto!

Voy á calmar esta inquietud sin nombre
Que has dejado en mi sangre efervescente;
Voy á cortar las ondas del torrente,
Voy á ser hombre digno de ser hombre!

Junio de 1881.

EN VIAJE



AL LLEGAR Á PARÍS

Yo te he visto flotar en mis visiones,
Oh Paris! y mi espíritu sonriente
Encontraba en tu seno inspiraciones,
Y absorbía tu luz resplandeciente!
Yo te soñaba en tu perpetua gloria
Lleno de savia, amor y movimiento,
Ciudad glorificada por la Historia,

Metrópoli del arte y del talento!
Tú eras mi afán, el indomable encanto
De mis sueños de dulce poesía,
Y, en tu recinto mágico, veía
Cien pueblos á la sombra de tu manto!
Tú eras la voz que, sin cesar, nos llama;
La bandera que á todos nos cobija;
La ilusión que á nuestra alma regocija;
La eterna juventud, que sueña y ama!
Yo me decía: —«Un rayo de tu lumbre,
Paris! fecundará mi pensamiento!
Confundido en tu inmensa muchedumbre
Escucharé tu poderoso acento.
Tú serás la nodriza de mi mente,
Tú me abrirás tu corazón fecundo...
Me llama el mundo á la batalla ardiente
Y en ti se halla la síntesis del mundo...»

Pues bien! aquí estoy ya. Héme en tu seno.
Soldado que obedece á tus legiones,
El pensamiento me conduce, lleno
De amor, de juventud y de pasiones!
Aquí estoy, fuera del hogar lejano!
He cruzado París! siempre impaciente,
El fuego de los trópicos, ardiente,

La inquietá soledad del oceáno!
Oh mundo! bebo el aire de tu vida!
Átomo leve en tu extensión perdido,
En tus ondas de pueblo confundido,
Abismo mi mirada conmovida!
He dejado mi infancia candorosa,
Los campos de mi patria, y aquel cielo
Donde se une la nieve con la rosa,
Donde tienden los cóndores el vuelo!
Tú reunes los templos seculares,
Los viejos y gastados monumentos,
Los pórticos, las leyes, los altares,
El arte, la pasión, los pensamientos!
Tu espada, Roma! tu diadema, Grecia!
Has barrido las ruínas del pasado,
La tormenta en tu seno ha reventado,
Y amas la Libertad, vieja Lutecia!

Cuando acude á mi mente tu memoria,
Gigante lleno de trofeos, brilla
A mis ojos el cuadro de tu historia!
Te veo derribando la Bastilla,
Levantando frenético la tea,
Impulsando tus masas populares
Con el sordo bramido de los mares

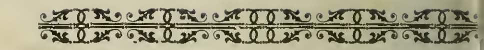
Y la lenta invasión de la marea...
Te veo, enarbolando el estandarte
Del Terror, con el hacha del verdugo,
Uncir el mundo á tu sangriento yugo
Y lanzar de tu seno á Bonaparte,
Rey de los reyes, que con voz serena
Mostraba la victoria con su espada
Y alfombraba tu frente despejada
Con los pendones de Austerliz y Jena!

Aquí pensó Molière; aquí los rayos
De la gloria inmortal besan su frente;
Aquí dió vida á grandes y lacayos
Con la savia ardorosa de su mente!
Aquí Harpagon esconde sus escudos,
Y Tartufo se quita la careta:
Todos marchan perdidos y desnudos,
Todos son los esclavos del poeta!
Aquí soñó Corneille, lleno de luto,
Levantando en la sombra de la escena
Los espectros del Cid y de Jimena,
La arrogante figura de Poliuto.
Aquí rompió con sus pujantes manos,
Los pálidos cendales de la historia,
Y levantó á sus héroes, los Romanos,

Del choque de la gloria con la gloria!
Aquí el viejo profeta del presente
Que alza su lira contra todo yugo,
Inclina el mármol de su blanca frente:
Aquí canta y suspira Víctor Hugo!
Aquí sueña el proscrito soberano,
Voz de tormenta que, sin tregua, truena
Sobre toda opresión, toda cadena,
Todo mal, todo horror, todo tirano!
Testigo de los vértigos sin nombre
Del dolor! alma llena de cariño,
Que muestra Dios y la virtud al niño,
La gloria al mundo, la verdad al hombre!

Oh París! esa gloria, esos fulgores,
Esas obras que el tiempo ha coronado,
Esa visión hermosa del pasado,—
Todo está en tí y es tuyo. Pensadores
Como artistas, el viejo combatiente
Y el joven vencedor, todos te incensan!
Todos los que aman, todos los que piensan
Depositan sus láuros en tu frente!

Abre tu seno á mi pasión divina
Aunque ruede á tus piés, como el creyente
Que la vista de su ídolo fulmina! ...



EN EL BARRIO LATINO

¡Cómo acude en tropel á mi memoria,
La dulce imagen de tu vieja historia!

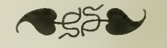
Ah! tú sabes amar! El pensamiento
Centellea en tu frente pensativa!
Luchas, exploras, y á tu voz, cautiva,
La Musa te habla con pausado acento!
Has oído la eterna confidencia
De todos los poetas inmortales;

El capricho es el Dios de tu existencia,
Y el Arte el esplendor de tus anales!
Vives libre, orgulloso en tu pobreza,
Rey de tí mismo en tu mansión perdida,
Sacerdote y señor de la belleza,
Con tus dioses,—el libro y la querida!...
Dejas que pase la ambición; que muera
Abandonada, pensativa y sola;
Que el amor llore en el placer de Rolla,—
Si brilla en la extensión la primavera!...
Amas la patria y su estandarte santo,
Y defiendes su gloria en la trinchera!
Oyes sumiso el quejumbroso canto
De las almas que te aman, y que llegan
A mezclar su alegría á tus congojas,
Brillan, gozan sin fin, y se doblegan
Cuando caen de los árboles las hojas!

Tu poeta es Murger! Su voz sonora
Entona el himno del amor eterno,
El amor con el fuego de la aurora,
Cuchicheado en las noches del invierno!...
La *Chanson de Musette*, hondo gemido
Del alma que, abrazada á la esperanza,
Tras los destellos del placer se lanza,

Y naufraga en los mares del olvido!
Siguen tus pasos las dolientes sombras
De esos seres que adoras con delirio,
De esos fantasmas que en tus noches nombras
Y que á veces te brindan el martirio:
Mimí, Francine,... vértigos de un día
Que llegan y hacen nidos en tu pecho
Dejando en tu recuerdo su alegría,
Y el cuarto mudo, abandonado el lecho!...
Mariposas que van tras lo que brilla!
Débiles flores que el destino arroja
A la cruel desnudez de la buardilla!

Las trae un soplo; un beso las deshoja!





LA SOMBRA DE *NANÁ*

He visto tu silueta, cortesana,
Atravesar la multitud suspensa,
Y en el vaivén de la ciudad inmensa
Dejar el rastro de su sombra vana!
Naná, reinas aqui! Sobre tus huellas
Se levanta confuso clamoreo,
Te provoca la fiebre del deseo,
Y con tus brazos la vergüenza sellas
Del que cae á tus plantas, del que siente

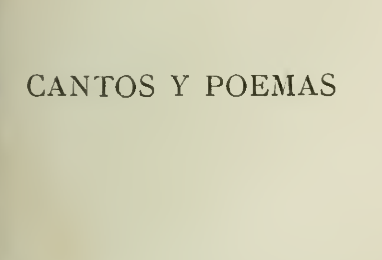
El ardor de tus férvidos excesos,
Y muestra sin rubor, sobre la frente,
El estigma implacable de tus besos!

Ay! en las horas en que todo calla
Y la conciencia trémula despierta,
Y en los misterios de la sombra incierta
La vida espera y el dolor estalla,—
¿Qué buscas en las calles silenciosas?
¿Qué vértigo te arrastra á la ventura,
Espectro del placer, que no reposas,
Cuando desciende la tiniebla oscura?
¿Qué es lo que sufres? ¿Queda algún latido
En tu pecho de mármol? Dí, ¿no sientes
Alzarse el eco de ningún gemido
Al compás de tus pasos impacientes?
¿Has tenido un hogar? Ah! pobre hermana,
No hay miseria mayor que la que encierra
Tu corazón! ¿Qué pena más aguda,
Qué martirio más grande, cortesana,
Que vivir sin amor sobre la tierra?...

En vano el sol en la extensión despierta,
En vano baja la tiniebla muda,
Nadie tu pobre soledad comparte,

Y el Hambre solo, al entreabrir tu puerta,
Besa tus labios y te dice: —«Parte!
Parte á dar fuego con el pecho helado
Al que en tus brazos su pureza olvida,
A sondear el afán desesperado
De todas las miserias de la vida.
Sísifo del placer, alza tu roca!
Y en tus brazos rendidos de fatiga,
Calma el dolor y el vértigo mitiga
Del que imprime sus besos en tu boca.
No escuches, no comprendas los reproches
Del que te insulta, viéndote altanera,
Y á tus plantas caería, si supiera
Los terribles misterios de tus noches
Besa, besa unos labios descarnados
De repugnancia y de fastidio llena
Y sacude tus miembros fatigados,
Como el reo sacude su cadena!
Haz correr el raudal de las delicias
Que el sentimiento del dolor apaga,
Ya que ese lecho de placer se paga
Y tu amante ha comprado tus caricias.»





CANTOS Y POEMAS



THE DEMON THOUGHT

Cuando su vuelo tiende
La cándida paloma; cuando enciende
La noche sus estrellas luminosas
Y el campo verde su perfume exhala;
Cuando se abren las rosas
Y el viento entre los árboles resbala;

Cuando todo se inclina
En brazos de la calma vespertina

Y abre el espacio sus brillantes puertas;
Cuando murmura quejumbroso el río,—
Tú solo te despiertas
Y te pierdes conmigo en el vacío!

Me traes en tu mensaje
El eco de otra voz, de otro lenguaje
Que las dulzuras del amor encierra,
Y en cada efluvio que contigo flota,
Me elevo de la tierra,
Como se eleva del laúd la nota!

Partamos, pues. El mundo
Hunde la frente en el sopor profundo
Con que lo envuelve la opresión nocturna...
Todo palpita en silenciosa calma...
La brisa taciturna
Une su acento al estertor del alma!

Partamos, pues. Suspira
Dios en el cielo; como un astro gira
En torno de Él la luminosa idea;
La mente creadora se levanta;
El hombre balbucea
Y el universo su grandeza canta!

Por valles y por cumbres
Se arrastran las perdidas muchedumbres,
Revientan las tormentas populares,
Y el pensador meditabundo ruega;
Al borde de los mares
La ola que va, detiene á la que llega!

¡Oh Byron! ¿qué tortura
Llenó tu corazón de desventura
Y, hundiéndolo en un vértigo profundo,
Te hizo, alzando tu inspirado acento,
Maldecir iracundo
«El demonio fatal del pensamiento»?

¿Acaso no cantabas?
¿Acaso delirante no arrastrabas
Por mares, por torrentes, por llanuras
Y montañas graníticas tu duelo,
Paseando en las alturas,
Y siempre ansioso de escalar el cielo?

Ah! la ilusión perdida
Nos arrastra sin calma por la vida;
La gloria, la ambición se desmorona;
Llora proscripta la verdad suprema;

Vacila la corona
Y se apaga la luz de la diadema!

El vicio omnipotente
Pretende alzar su envilecida frente;
Nada en la sombra nuestra suerte escuda;
Y llevamos, ahogados por el llanto,
En nuestro sér la duda
Y en el fondo del alma el desencanto!

Qué! ¿todo se ha perdido?
¿No queda nada en el paterno nido?
¿Todo es humo fugaz, polvo liviano
Que esparce el soplo del turbión violento
O aventa nuestra mano?
¡Ah! también se maldice el pensamiento?

¡Bendita, sí, bendita
Esa fuerza inmortal que precipita
Al genio en la corriente creadora;
Y enciende, iluminando el firmamento,
En el cielo la aurora
Y en la frente del hombre el pensamiento!

Desde la tierra al cielo

Nos trasporta el arranque de su vuelo,
Cuando la noche la extensión enluta
Y un mundo informe en su interior se agita,
Como en la inmensa gruta
Donde se alza la blanca estalactita!

Él alza sobre el hombre,
La fe, la gloria, el ideal sin nombre!...
Él se ofrece valiente en holocausto
Y levanta de un soplo desde el lodo,
Al filósofo Fausto
Y al mónstruo apasionado, Quasimodo!

Su voz siempre retumba
Como saliendo de la triste tumba
Donde descansa el ideal perdido;
Allí la estrofa con amor se labra,
Y se une su gemido
A la viva explosión de la palabra!

En la tiniebla ofrece
Esa luz que jamás desaparece,
Aunque vacile en el dolor austero
El hombre, con esfuerzo moribundo...
¡El es el derrotero

Que condujo á Colón al Nuevo Mundo!

Inspira á la Sibila
Que en medio de la atmósfera tranquila
Hace oir su profético conjuro.
Habla de gloria al inmortal poeta
Y en el espacio oscuro
Hace hermanos al sabio y al profeta!

Confunde y amalgama
La chispa débil y la eterna llama.
Por su poder el corazón sincero
Se corona de fúlgidos diamantes,
Y da la mano Homero,
A través de los siglos, á Cervantes!..





NAKOMA

Ví una mujer; llamábase Nakoma;
Era pura y hermosa,
Y mi pecho la amó.—Yo le decia:
—«Adoro el negro abismo
De tu mirada franca y voluptuosa,
El resplandor de tu sonrisa pura,
El arco iris de dicha que dibujan
Tus labios palpitantes de ternura!»
—«Insensato!»—Nakoma respondia;—
¿Debe la mente perseguir ansiosa
El vil materialismo?
¿Debe pensar el alma

En el cuerpo, materia destinada
A caer en la tumba tenebrosa?
Ah! la profundidad de mi mirada
Es el sol que en el cielo centellea...
Díme, prefieres aquel sol, *la forma*,
A su luz rutilante que es la *idea*?
El casto resplandor de mi sonrisa
Es pasajera brisa,
Su fresco, *sensación;* dí, lo prefieres
A su perfume, la *embriaguez*?—El iris
De mis labios, es mágica promesa
Del Futuro velado en lontananza...
Díme, prefieres el Futuro, *duda*,
A su dulce promesa, la *esperanza*?...
Poeta! invoca mi hálito sublime,
Pide mi luz que inspirará tu mente:
Que el calor de mi llama te reanime
Tornando á enardecer á tu alma yerta
Y encerrando un volcán bajo tu frente!...
¿Por qué buscar en mi la superficie,
La material cubierta?...
El alma humana misma es criatura;
Respeta su hermosura,
Ama tan sólo su divina esencia:
Es la inmortalidad, el genio inmenso,

La eterna omnipotencia!
Admira en tus delirios
Esa blanca visión que se arrebola
En la rápida nube que la lleva;
Busca su idealidad sin detenerte
En el reflejo de su fátua aureola!»

. . . .

Ame á Nakoma, la mujer hermosa
De los ojos brillantes, y le dije:
—«Sé el alma de mi alma,
La estrella que dirije
Al navegante hasta la ansiada calma!»
Me respondió: —«Insensato!
¿Qué obstáculo franqueaste
Para alcanzar mi posesión?—El triunfo
Se gana en el obstáculo, la prueba.
¿Acaso has derramado
Purificante llanto, puente echado
Entre el hombre y el mágico poeta,
Entre la tierra y el brillante cielo?
¿Sintió tu corazón la mordedura
Del áspid de la duda, que derrama
Del talento el cobarde desconsuelo,
Y del veneno la ardorosa llama?
¿Sufriste las punzadas

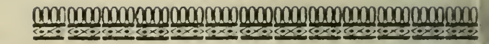
De acerbo sufrimiento,
Que purifica el cuerpo, y las torturas
Morales, que idealizan
El triste pensamiento?
¿Dejaste de ser hombre y fuiste ángel?
El ángel es la vaporosa sombra
De la divinidad; para acercarse
Hasta mí, ¡oh poeta! es necesario
A Dios, que es lo infinito, levantarse!...»

Humilde murmuré:—«Tengo perdidos
Muchos tesoros, ángeles queridos...
He sufrido el dolor y ¡ay! he llorado
He afrontado el poder que me domina
Y á mi eterna pregunta ha respondido:
«El camino es muy largo»... yo soy débil,
Nakoma, y he dudado!
Después te he conocido
Y aún antes de mirar tu faz amada
Mi pecho te ha adorado:
¡He aquí la aspiración ilimitada!...
Nakoma, eres el alma,
La inmensidad, el celestial circuito.
Antes de conocerte, mis delirios,
Mis sueños y ambiciones no alcanzaban

Los límites del mundo: hoy se levantan
Y vuelan abarcando el infinito!...»

Una sonrisa hermosa
Ornó los labios de Nakoma, y luego
Alzó su blanca mano
Cantando con acento sobrehumano
Y voz armoniosa:
«Espera y cree!—que en el arte humano
Como en amor, el hombre que presiente,
Que entrevee y comprende el infinito
Marcha á la perfección, y Dios alumbra
Con el faro del genio su alta frente!»
. . . .

Ay! pálida Nakoma,
La ilusión de una noche esplendorosa,
Es menos que la luz del fuego fatuo
Que atraviesa la selva tenebrosa;
Es menos que la estrella
Que surca el cielo sin dejar la huella
De su luz que en el lago se retrata,—
Es nubecilla blanca
Que el aquilón en giros arrebata,
Hoja que el viento tempestuoso arranca!



EL POETA

Triste suerte la suerte del poeta!
Su fantasía inquieta
Entre las ruinas y las sombras vaga,
Y cautivo en la cárcel de la vida,
Levantando la mente enardecida,
Pone su dedo sobre cada llaga!...

Dejad que llore! Su doliente grito
Traspasa el infinito

Y en los etéreos ámbitos se esconde.
Lucha con fe; se agita emocionado
Como un náufrago audaz, que abandonado
Escucha el rayo que á su voz responde!

Su lamento es la queja lastimera
Del que encontrar espera
La realidad de un mágico espejismo;
Del ángel rebajado de su rango
Que aspirando á la luz, cae en el fango,
Que sabiendo volar, rueda al abismo!...

Admirando el fulgor de otras regiones
Exentas de pasiones,
Quiere alcanzarlas con potente vuelo:
Tiene el valor del cóndor soberano,
Y como el cóndor en la cumbre, ufano
Se cierne, acariciado por el cielo!...

Mas ¡ay! al remontar el pensamiento
De atmósfera sediento
En todos los misterios se complica;
Estudia la materia y se arrebata
Sin decirse jamás: «La letra mata
Y el espíritu sólo vivifica»...

El hombre llega á la remota estrella
Sin descubrir la huella
De su Dios, á quien niega con la ciencia:
Da la mano al fantasma de la muerte,
Y en tanto los embates de la suerte
Destruyen el bajel de su existencia!...

Ah! locura fatal. ¿No tiene acaso,
Abierta á cada paso,
La inmortal y feraz naturaleza?
¿No le parece descubrir que el viento
Ora remeda el eco de un lamento,
Ora gimiendo en la arboleda, reza?...

¿No le dicen los mares que la vida
Es tabla desprendida
Que bate el huracán y alza la espuma?
¿No le dice el espacio que la idea,
Como el sol unas veces centellea,
Y otras veces se envuelve entre la bruma?

¿No le dice la aurora que se eleve
De este combate aleve
Coronada la sien con la victoria?
¿No le dice la flor que en la existencia

Es la virtud inapreciable esencia
Más grande que el poder y que la gloria?...

¿No le dicen los pájaros que cante,
Las fuentes que levante
Su corazón del polvo que lo mancha;
El águila que luche con sí mismo;
El vértigo que tiemble del abismo,
Y el monte que respete á la avalancha?...

¡Es que todo palpita, siente y ama!
Incomprensible llama
Que se difunde en la celeste esfera;
Relámpago viviente que electriza
Y renueva la chispa en la ceniza,
Y convierte una antorcha en una hoguera!

Por eso el corazón emocionado
Levanta el vuelo osado
Con el afán de su primer ensayo,
É investigando la existencia, sube,
Más alto que la tromba y que la nube,
Y más que el huracán, y más que el rayo!...

Desde la altura de su santo trono

Desprecia su abandono,
No abre la mente al sentimiento falso,
Y á solas con sus sueños solitarios
Maldiciendo el puñal de los sicarios
Sublimiza la sangre del cadalso !...

No se adormece en brazos de la aurora
Con calma aterradora,
No rinde vil tributo á la fortuna,
Y si la duda, si los tristes males
Le envían sus serpientes criminales,
Sabe ahogarlas intrépido en la cuna!

Pero ¡ay! en vano anhela alzar el vuelo
Que en su implacable duelo
No logra levantarse desde el lodo,
Y en tanto que la sombra lo amenaza,
Quiere poner al huracán mordaza,
Al huracán que es Dios, á Dios que es todo!

La vida, es lucha y en su afán vehemente
El pensador ardiente
Contempla más que un choque de elementos,
En la tromba que pasa turbulenta,
En el volcán que súbito revienta,

En los mares, las nubes y los vientos!...

Sueña en el astro que camina errante
Sobre ejes de diamante;
Sueña en la roca, sueña en la cascada,
En el trueno veloz, en la pradera,
En la flor, en la brisa placentera,
En el ave, en la ruina abandonada!...

Sueña en la luz de la gentil mañana,
En la arboleda ufana,
En las hojas del bosque desgreñado,
En las aguas, los llanos, los torrentes
Los céfiros, la atmósfera, las fuentes,
Y el lago azul sobre el risueño prado!...

Y es grande entonces porque piensa y ama!
La decepción no brama
Debajo de su cráneo poderoso;
Todo le habla y le canta el himno santo
Que eleva el mundo con divino encanto
De la noche entre el velo tenebroso.

Sueña y palpita; se estremece y siente!
El vértigo inclemente

No lo arrastra hasta el seno del abismo,
No envenena la linfa de su calma;
No se arroja con ímpetu su alma
En brazos del fatal Materialismo!

Materialismo! ola á cuyo embate
El corazón se abate
Y no hay pecho que impávido resista;
Como el ídolo egipcio, encapotado,
Permite que se llegue hasta su lado,
Pero mata el contacto de su vista!...

Alimenta la nada y la miseria...
—«La fuerza y la materia,—
Dice,—es el Dios que lo ha formado todo!»
Y semejante al negro que se humilla
Ante el fetiche de amasada arcilla,
Antes lo arrastra por el denso lodo!...

Cayó derruido á su contacto el templo,
Mientras el rudo ejemplo
De la impiedad, se adora con respeto;
Y el recinto del místico santuario,
Ya transformado en tenebroso osario,
Ostenta como Dios un esqueleto! ..

Entre tanto el poeta acongojado
Con paso fatigado
Cruza la soledad de sus desiertos,
Como después de la feroz batalla,
Marcha un guerrero de gigante talla,
Tropezando en su senda con los muertos!...



AL TEQUENDAMA

Aun resuena tu estruendo en mis oídos
Y siento la opresión de tu grandeza,
Y el vértigo sacude mi cabeza
Como el turbión los árboles erguidos.
Aun te veo á mis pies, con rudo enojo
Sublevando tus ondas encrespadas,
En el ardor de tu incesante arrojo
Desplomarte, deshecho en mil cascadas,
Llegar al borde de la enhiesta roca,

Y, sintiendo el cercano cataclismo,
Como airado corcel que se desboca,
Abalanzarte en el profundo abismo!

Todo tiembla á tu paso: el cauce, el monte,
El árbol de raíces seculares
Que se eleva y domina el horizonte,
Los verdes lazos de la agreste hiedra
Y las rocas, graníticos altares
Que esperan á sus ídolos de piedra!
Inquieta y ronca, tu veloz corriente,
Entre dosel de gigantescas ramas,
Arrastra, serpeando, sus escamas
Con el ímpetu ciego del torrente,
Y al llegar á la sima, ancha y profunda,
Tiembla el peñón y la corriente ruge,
Y en el delirio de tu enorme empuje
Se agiganta tu fuerza moribunda!

Ah! cómo busca el corazón sin calma,
Tequendama! este cuadro, esta grandeza,
Este terror que purifica el alma
Y en tanta majestad, tanta belleza!
Con qué placer llevamos nuestro paso
Hasta esa soledad, y el alma herida

Por angustia mortal, nube perdida
Desde el alba risueña hasta el ocaso,
Y los sueños que flotan desgarrados,
Y las penas que el tiempo desvanece,
Y tantos espejismos olvidados
Que en la distancia la ilusión acrece,
Todo busca tu seno, todo quiere
Embotar el dolor, puñal oculto
A cuyo golpe la esperanza muere,
Y olvidar el tumulto en tu tumulto!

He evocado á tu vista, temeroso,
Del polvo de los siglos, el pasado
Con sus horas de lucha y de reposo!
He mirado llegar aquel soldado
Que bajo cota de crujientes mallas
Guardaba un férreo corazón, suspenso
Delante de tus lúgubres murallas,
Interrogando tu recinto inmenso,
Cuando mostraba, palpitante y nueva,
La montaña granítica la herida
Abierta entre la piedra endurecida
Por la mano inmortal de Nenqueteba!
Y rasgando con vuelo soberano
Los pálidos cendales de la historia,

He visto sobre el monte, sobre el llano,
Morir, luchando con honor y gloria,
La raza que adormeces con tu canto,
Cuando te vuelcas, rápido y profundo,
Y con raudales de perenne llanto
Riegas la virgen soledad de un mundo!

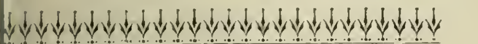
He llegado á tus ásperas riberas
Hoy que la suerte sin piedad me abruma,
Más débil que el capullo de la espuma
Que salpica tus rocas altaneras;
Hoy que he sentido con afán doliente
La puñalada de un dolor profundo,
Hoy que llevo en mi espíritu, viviente,
La visión de un semblante moribundo!...
Ah! déjanos sufrir, mientras tú gimes
Indiferente á la miseria humana,
Tu blanca niebla la pendiente moja,
Con tus anillos al peñasco oprimes,
Y siempre pura tu corriente mana!
Hay más rudo pesar, mayor congoja,
Más opresión, más hondo paroxismo
En la lucha del alma con la vida,—
Que en el loco furor de tu caída,
Que en tu choque tenaz con el abismo!...

El abismo! el abismo! Es una tumba
Que te aguarda al pasar, muda, en acecho...
Donde todo vacila y se derrumba,
Como árbol consumido por la llama,
Para morir en su recinto estrecho:
Ríos, ciudades, la virtud, el nombre...
Es la sima que absorbe al Tequendama,
Es el destino que destroza al hombre!...
Él oculta en sus lóbregas entrañas
Atracciones traidoras; él te espera,
Torrente que naciste en las montañas,
Al rayo de la dulce primavera,
Para verte de pronto arrebatado,
Seguir rugiendo, sin valor, inerte,
Querer retroceder y, al fin, airado,
Marchar, como al suplicio el condenado,
Luchando brazo á brazo con la muerte!
Tú lo presientes, te retuerces, quieres
Detenerte, te exaltas y te agitas,
Con profundo terror te precipitas,
Y, hecho pedazos en las rocas, mueres!
Envuelto en centellantes resplandores
Alumbra el sol tu bárbara agonía,
Y te cubre de luz y de alegría
Como se cubre un féretro de flores!...

Nacer entre sonrisas, bajo el beso
Del aura que suspira en la espesura,
Ser la voz misteriosa que murmura
Dulces endechas al juncal espeso;
Ser la fuente en que el cielo se retrata,
Que á la campiña silenciosa riega,
Y acariciando la extendida vega
Al través de la yerba se dilata,
¿Para qué? Para qué?
—Llega una hora
Y el niño es hombre. La veloz corriente
Que se arrastraba, plácida y serena,
Lanza al viento su voz aterradora,
Se encrespa, lucha, se revuelve y truena!
Vano, vano furor! Dobla la frente
Gigantesco raudal, honda cascada!
Te arrebata una mano despiadada
Como el viento la arena del camino!
No volverás á tu apacible calma!
En el ronco clamor del torbellino
La palabra de Dios habla á nuestra alma!

¿Y nosotros? Tambien arrebatados
Por incesante afán, mustia la frente,
Triste el alma, los miembros fatigados,—

Seguimos á merced de la corriente!
Y en rebelión eterna con la tierra
O heridos por el mal y el egoísmo,
Dejamos el amor, la fe, la gloria,
Como armaduras de una antigua guerra.
Para rodar, por fin, en el abismo!
Abismo! redención! No es la esperanza
Reflejo de una imágen ilusoria,
Que se disipa si el dolor avanza!
Aquí donde la mente enardecida
Se embriaga de profundas emociones,
Siente más viva circular la vida
Y latir con más fuerza las pasiones,—
Levantemos el himno de victoria,
Nosotros, los errantes, los proscritos,
Los que al vivir, llorosos ó risueños,
Hacemos nuestros sueños infinitos
Y vivimos la vida de los sueños!...



EL CADÁVER

Yo era niño, muy niño todavía...
Como un ave, sediento de fulgores,
De luz, de inspiración y de alegria,
Derramaba mi sér entre las flores,
Los suspiros, los cantos, los rumores
Del cielo azul y la arboleda umbria!...

—Una tarde, callada y misteriosa,
En una procesión, meditabundo,

Me mezclé con la turba religiosa...
Iba á casa de un pobre moribundo,
Árbol doblado al borde de una fosa,
A redimir sus culpas de este mundo!

El sacerdote anciano murmuraba,
Monótono, sus tristes oraciones...
La turba tras sus pasos contestaba.
Lo escoltaban dos niños con hachones,
Y en mi mente turbada se agitaba
Un enjambre de negras emociones!...

Allá, al confín de la pequeña aldea,
Se detuvo á la puerta de una choza...
—Era esa hora en que la luz chispea,
Y entre las nubes lívidas se emboza,
Y el céfiro fugaz que balbucea
Al pasar por los árboles solloza!...

Allí estaba el cansado agonizante,
Sin fuerza, sin calor, sin movimiento,
Ya descompuesto el pálido semblante!...
De tarde en tarde, un lúgubre lamento
Agitaba su pecho sollozante.
Luego, nada. Ni un soplo, ni un aliento!

Era pobre, pobrísimo su lecho...
Una palma bendita, un Cristo santo,
Una luz triste en el recinto estrecho,
Aumentaba á mis ojos el quebranto
De aquel ámbito oscuro, de aquel pecho
Que agonizaba sin oír un llanto!

Lo ungió el óleo, y, con honda sacudida,
El estertor profundo de la muerte
Le arrebató la eterna despedida...
Quedó su cuerpo inanimado, inerte
Con el último soplo de la vida,
Con el último golpe de la suerte!

La pobre luz brillaba todavía...
Se escuchaba el rumor de la plegaria...
Pronto quedó la choza solitaria...
—Yo, solo, melancólico, veía
Todo el afán de esa ilusión precaria
Que dura lo que dura una agonía!. .

Ay! el alma de alegres expansiones,
El pájaro sediento de belleza,
El niño coronado de ilusiones
Que llevaba elevada la cabeza,

Entre sueños, murmullos y canciones,
Recibiendo tu amor, Naturaleza;—

Como al sentir la tempestad que zumba
Se estremecen las hojas en la rama,—
Al tropezar al borde de una tumba,
Donde todo lo que arde, lo que ama
Y lo que vive,— tiembla y se derrumba
Como árbol consumido por la llama;

Interrogó la suerte, pensativo,
Sondeó en la sombra el inmortal problema,
Y después, con esfuerzo convulsivo,
Como un rey que se arranca la diadema,
Se sintió débil, se sintió cautivo,
Cautivo eterno de una ley suprema!...

Hoy marcha. Hoy cruza el prado y el desierto.
Hoy combate, hoy arrastra su sudario;—
Pero, al volver hacia el pasado incierto,
Ve siempre, en el festín ó en el santuario,
Aquel primer encuentro con un muerto,
Aquel pobre cadáver solitario...



MIS LIBROS

Al Doctor Don Miguel Navarro Viola

Cuando tornáis del viaje misterioso
De las ideas que, tomando el vuelo,
Se ciernen en los ámbitos del cielo,—
Cuando en la noche oscura y sin testigos
Meditáis en la sombra y el reposo,—
Los libros, esos férvidos amigos,
Calmando la opresión del pensamiento
Os hablarán de libertad y gloria,
O á su voz alzarán el monumento
Que guarda las cenizas de la historia.

Invisibles consejos, pronunciados
Por labios invisibles, en la bruma
Que circunda la frente del poeta,—
Los héroes en sus líneas, exhumados
Del sepulcro fatal que los abruma,
Llenan de paz nuestra existencia inquieta;
Nos muestran el dolor de la jornada;
Unos pasan audaces, con la vista
Fija en el cielo, con la frente alzada
Como el que marcha al fin á una conquista;
Otros van exhalando sus lamentos,
Con el fardo de todos los dolores,
Desnudos, doblegados y harapientos
A través de oprimidos y opresores.
Otros, en medio de la calma austera
Que avasalla su espíritu gigante,
Nos van diciendo en el dolor: Espera!...
En las dudas terribles: Adelante!...

¡Cuántas veces, bebiendo en sus raudales,
Se levanta el espíritu en sus alas,
Más allá de las dichas terrenales,
Más allá de los roncos vendabales
Que van barriendo las etéreas salas!
Sumiso, palpitante, estremecido

El corazón, á su contacto santo,
Deja el calor de su salvaje nido,
Y exhala, como un pájaro, su canto!
Porque su soplo de pasión inspira
En medio de la noche solitaria,
Y eleva al pensamiento enardecido
Como eleva el acento de la lira,
Como eleva la voz de la plegaria!...
A través del cadalso y de la hoguera,
De la guerra, la cruz y la tortura;
A través de esa lúgubre carrera
Tapizada de llanto y amargura;
A través de esa bárbara jornada
En que queda la mente hecha girones;
A través de la fé despedazada
Por la mano de todas las pasiones,—
Ellos nos guian en el largo viaje
Que afanosa recorre la conciencia,
Ellos nos llevan al primer celaje
De la aurora feliz de la existencia,
O en el via crucis de la humana suerte,
Que seguimos, sin calma ni fortuna,
Despues de contemplar la primer cuna,
Nos muestran los abismos de la muerte!...

¡Cuántos dolores, cuántos sufrimientos
Que, por fin, en el alma han estallado
En gritos, estertores y lamentos!
¿Qué ha sido la carrera del pasado
Sino un mudo calvario donde el hombre,
Bajo el poder de su dolor sin nombre,
Entre zarzas y espinas ha marchado?
La larga caravana en el desierto
A veces halla el pozo apetecido,
Y en el húmedo oasis, á cubierto
De los rayos de un sol incandescente,
Busca la paz en el sereno olvido
De los dolores que afrontó valiente.
Y la audaz caravana del progreso
En el mudo desierto de la vida,
Ha adelantado con el pecho opreso
A través de la atmósfera encendida,
Buscando siempre un ideal lejano
Que su débil contacto deshacía
Como el viento la espuma del océano!...

*

¡Oh Biblia! manantial de fe y dulzura,
Fuente perenne de inmortal poesía,
Que trina como un ave en la espesura
O se lamenta en la extensión oscura

Con los acentos de la mar bravía
Oh libro de pasión y sentimiento
Donde el nombre de Dios relampaguea
Como una hoguera que sacude el viento
Que en el bosque enlutado serpentea;
¿ Quién no ha visto brotar la eterna aurora
Al fíat del acento omnipotente
Que hizo oir su palabra atronadora
Del Sinaí sobre la excelsa frente?
¿Quién no ha llorado, como Job lloraba,
Maldiciendo su misero destino,
Hasta que el grito del Señor vibraba
En medio del revuelto torbellino?
¿Quién no ha exhalado los dolientes cantos
Del arpa celestial del rey-profeta?
¿Quién, arrullado por los himnos santos,
No se ha sentido, alguna vez, poeta?
¡ Oh libro, vén á mí! Mis oraciones,
Antes de alzar hasta el Señor su vuelo,
Posan en ti las fatigadas alas;
Tú me das fuerza, libertad, consuelo,
En medio de las tristes aflicciones
Que envenenan la calma de este suelo;
Tú en la benigna ó la contraria suerte,
En la adversa ó la próspera fortuna,

De mi amor eres la celeste cuna,
La cuna donde duermen mis ideas
Al amparo del viento de la muerte!
Tú conmigo en las cúspides paseas,
Tú me muestras la roca que resiste
La vorágine inmensa de la duda
Que pasa por mi lado sordamente!
¡ Tu santa unción en el dolor me escuda !
Cuando estoy solo, abandonado y triste,
En las diáfanas aguas de tu fuente,
Como en las ondas del Jordán me lavo,
E inmenso espacio mi mirada abarca !
Antes de leerte me sentía esclavo,
Luégo me siento renacer monarca !
Tú me enseñas á creer ! Entre la sombra
Y el claro oscuro que tu voz revela,
Un sacrificio tu piedad me nombra,
Una Cruz me señalas, y un martirio
Que el denso manto de la noche vela !
Y, entonces, en las redes del delirio,
Prosternado en el polvo, reverente,
Como la llama del oscuro cirio
Cuando la azota el aquilón rugiente,
Siento pasar junto á mi sien sombría,
Algo igual á un lamento comprimido,

A un grito de dolor y de agonía,
A el doliente y tristísimo gemido
Del ave tierna que partió del nido
Y vuela sola en la extensión vacía!...

Id á beber allí, sabios, poetas,
Vosotros los que amáis esa dulzura
Que exhala el corazón de los profetas
Al soplo de la acerba desventura!
Vosotros los que vais á los altares
A derramar el alma en oraciones,
Comprended las celestes expansiones
Que brotan del Cantar de los Cantares.
Los que lloráis por el afán lejano
Que persigue sin fe vuestra existencia,
Los que lucháis con el dolor tirano,
Y, huérfanos de paz en la conciencia,
Desesperados contempláis el cielo,—
Ved á Jesús sobre la cruz clavado,
Comprended el amargo desconsuelo
De esa madre que mide su agonía,
Y ved si hay un dolor, que comparado
Pueda ser á la angustia de María!...
Rogad! rogad! El alma solitaria
Mitiga así su pena abrumadora...

¡Dios ha puesto en el alma la plegaria
Como en el cielo diáfano la aurora!

*

Pasad ¡oh focos de inmortal poesía,
De amor, de fe, de gloria y de esperanza,
Que nos vais arrojando la armonía
Y ese santo ideal que nunca alcanza
El alma en los combates del destino!
Ah! vosotros sin tregua ni desmayo,
Alumbrando las simas del camino,
Alzáis valientes la encendida tea...
Cuando esa luz se denomina idea,
Brota y fulgura más vivaz que el rayo!...
Todos alumbran! Al alzar la enseña
Nos muestran todos la escabrosa vía:
Su voz alienta nuestro débil paso
Y á la conquista del deber nos guía!
Todo el que ama, se estremece ó sueña,
Halla en ellos un faro esplendoroso,
Una almohada do posar la frente,
Y encontrar calma, soledad, reposo!...
Cruzan perdidos, y se van. Los veo
Como espectros hundirse entre la bruma,
A compás de sus cantos. Un Orfeo

Sueña con Dios que á su conciencia abruma,
Y canta á la inmortal naturaleza
Con patética voz... Ciego, cargado
Por el tiempo y las penas, siempre austero,
Allá marcha otro sér, desesperado,
Que ha vivido, ha sufrido y ha cantado
La gloria y el dolor, se llama Homero!
Arrastra como un manto su pobreza
Que lacera su frente doblegada,
Cuando sus obras portentosas crea!
La gloria y el valor canta en la Iliada,
Y busca la ventura en la Odisea!...
¡Oh viejo Homero! cuántos pensamientos
Hervían en tu cránco formidable,
Cuando arrastrando por la joven Grecia
La explosión de tus duros sufrimientos,
Al golpe aleve de la suerte recia
Que azotaba tu vida miserable,
Exhalabas al aire tus lamentos,
Y á todas horas, en el verde llano
O el alto pedestal de la colina,
Te acariciaban con su blanca mano
Las hijas de la bella Nemosina!
El sufrimiento en mártir te convierte
En esas horas faltas de esperanza,

En que la mano ruda de la suerte,
Que desgarra el cendal de las ideas,
Ya nos muestra la vida, ya la muerte,
O de ola en ola sin piedad nos lanza,
Como el golpe del mar enfurecido
La débil nave del valiente Eneas!..
Inmenso siempre, sin cesar divino,
El corazón se admira en tu carrera,
Ya subas hasta el manto cristalino
Que envuelve y vela la cerúlea esfera
Extendida á tus pies como una alfombra,
Para asistir al inmortal consejo
De los Dioses que truenan en la sombra,
Mientras tiembla el Olimpo, conmovido
Cuando Júpiter frunce el entrecejo;
Ya reines en la tierra y tus acentos
Evoquen en el campo enardecido,
A Diómedes que esquiva á los troyanos,
Ayax que cede á su tremendo empuje,
Y envueltos en el polvo, sudorientos,
Blandiendo el arma con fornidas manos
Mientras la voz de la batalla ruje,
Aquiles que nos muestra su silueta
Entre la turba que á sus plantas gime;—
Ya en el altar de tu emoción sublime

Arda el incienso del amor, poeta,—
Aún se esculpe en nuestra alma tu memoria,
Perpetuada en tus cantos inspirados,
Y en el libro divino de la historia;
Todavía las ondas de la gloria
Besan tus pies desnudos y llagados!

•

Silencio! Gime el viento en la espesura,
Remedando un quejido lastimoso
Que flota y sube, que sin fin murmura!
Viejo Ossïan! ¿es tuyo ese lamento,
Ese quejido que del bosque hojoso
Con sus embates arrebata el viento?
¿Por qué nó? ¿No resuenan en su acento
Las tempestades lúgubres del alma,
O el inquieto turbión del pensamiento
Que en vano busca su perdida calma?
¿No se le ve sobre el altivo monte,
Apoyado en el brazo de Malvina,
Sondear con la mirada el horizonte
Que con la playa de la mar confina?
¿No se le oye gemir sobre los restos
De los héroes perdidos en la historia,
Y acompañar los bélicos aprestos

Entonando el cantar de la victoria?...
El eco de sus cantos aún resuena
Asociado á las nubes y á los mares,
Al firmamento que en la sombra truena,
Al rumor de las selvas seculares!
Aún nos parece oir repercutida
La nota de su arpa que se aleja
Como el adiós eterno de la vida:
Preludio que termina en una queja!
Aún se le ve sobre la lid funesta,
A la sombra del dólmen de granito,
Pensativo vagar por la floresta,
A solas con el mar y el infinito...
Para acallar la voz de sus dolores
Y domar de su espíritu la guerra,
Anhelaba huracanes destructores
Que sacudieran con furor la tierra!
Oía melancólicos cantares
Lo mismo en la tormenta que en la calma!
Para él, desde la estrella hasta los mares,
Todo era un salmo, una pasión, un alma!...

•

Taciturno, sombrío, vacilante
Pasa, en los velos de la sombra inquieta,

Un corazón de mártir y poeta
Preso en los lazos del destino: Dante!...
Nadie sondeó como él esas regiones
A cuyo umbral se deja la esperanza,
Ni azotó con más fuerza las pasiones,
Ni blandió con más ira la venganza!...
La vida lo abrevaba de amargura
Rompiendo al fin su corazón aún tierno,
Y él, maldiciendo tan tenaz tortura,
Fué á buscar una calma más segura
A las puertas siniestras del Infierno!
Y allí, á solas con Dios y su pasado
Que del fondo de su alma se levanta,
Ebrio de odio y de dolores, canta
La inmensidad horrenda del pecado!
Entre el afán de la ambición maldita,
Entre el horror de todos los dolores,
Hace silbar su estrofa y precipita,
Con el ronco clamor de la avalancha,
El turbión de sus ecos tronadores!
Respira allí! Su corazón se ensancha
En la muda opresión del sufrimiento,
Y mientras todo á su alredor, oscuro,
Vacila, se estremece, titubea,—
Modela en verso su inmortal idea

Y entre el escombro del derruido muro
Hace rugir su vengador acento
Como el eco siniestro de un conjuro!. .

¡Siempre el fatal misterio! ¡Ese problema,
Esa sombra, esa llaga corrosiva
Que se alimenta de la carne viva:
¡Ese volcán que al pensamiento quema!
¡Oh Manfredo! ¿cuál era la respuesta
Que demandabas al espacio inmenso
Cuando del monte en la región enhiesta,
Amortajado en el sudario denso
De la noche, besado por el aura,
Tu corazón marchito en la existencia,
Pidió la soledad, pidió el olvido?...
¿Acaso el beso de Beatriz ó Laura
Dá la ventura al corazón herido?...
¿Por qué saliste á maldecir tu ciencia,
Y á mirar á los cielos, viejo Fausto,
Como buscando en ellos la esperanza?...
¡Werther! ¿por qué tu corazón exhausto
A la insondable eternidad se lanza
Y al amor da su vida en holocausto?...
¡Misterio y nada más! Genios, poetas,
Penetrad en las simas de ese arcano

Y haced salir el corazón humano
De esas sendas tortuosas y secretas,
De ese pavor mortal que nos levanta,
En alas de la mente voladora,
A donde el genio complacido canta,
A donde el genio desgraciado llora!...

A través de las ondas y rompientes,
De ese mar sin bajeles y agitado,
Al turbión de los seres penitentes
El Dante guía con su gesto airado;
La formidable eternidad abarca,
Y nos hunde en el lóbrego horizonte,
Como á las almas sin perdón, Caronte
Empujaba hasta el fondo de su barca!

¡Siempre está allí! Visión fascinadora
Que con el brazo fijo se presenta
Al enfermizo rayo de la aurora,
O en medio de la bruma cenicienta!
Siempre está allí! Su sombra gigantesca
Se destaca del polvo del camino...
¿Qué muestra?. . ¡Cuadros de pasión: Francesca!
Panoramas tremendos: Ugolino!...

Oh Shakespeare! con qué esfuerzo soberano
Desnudas la conciencia á nuestros ojos,
Alzando el alma en tu potente mano,
Y midiendo sus miseros despojos,
Como Hámlet alzaba conmovido
De la noche en el lóbrego misterio,
El viejo cráneo del bufón, sumido
En el sueño letal del cementerio!...
—¡ Pobre Jorick!—decía! Y espantados
Nosotros repetimos: ¡Pobre mente
Que recorre esos antros ignorados
Entre el vaivén de la pasión ardiente!
Ah! pobre alma que sufre la agonía
Cuando en el seno del dolor se lanza!
¡Pobre alma que abandona la esperanza
Al penetrar en la espiral sombria!

¿Qué abismos has sondeado, qué emociones
Sientes crispar tus músculos de acero,
Para pintar el crimen altanero,
El amor de tus sueños de poeta
O el hombre con instintos de leopardo,
El alma de Romeo y de Julieta,
O la negra figura de Ricardo?
¿En qué sombra bebiste aquellos sueños

Que estrujan tu cerebro de gigante
Para trazar fantásticos diseños
Y domar nuestra mente delirante?
¿Dónde encostraste, genio! tu modelo
Para mostrar á Macbeth aterrado,
Levantando el puñal ensangrentado,
La explosión de la cólera de Otelo,
Lear bañado en la luz de la tormenta,
El espectro de Banquo pavoroso,
Y el vicio que se agita poderoso
Pero vengado por su propia afrenta?
Tú sabes que en la vida, hora por hora,
El veneno del mal corre en las venas,
Tú sabes que la luz deslumbradora
No disipa la sombra de las penas,
Y al levantar tu canto, nuevo Esquilo,
Hieres el alma con tu golpe recio,
Y sobre el hombre pasas, intranquilo,
El rayo vengador de tu desprecio!
Oh Shakespeare! al volver de esas regiones,
Al tornar de las sombras del dilema
Que la esfinge curiosa nos plantea,
Al volver del turbión de las pasiones
Veo en tí mucho más que una diadema,—
Acentos de dolor, revelaciones

De ese mundo interior del pensamiento
Donde brotan los rayos de la idea
De la nube tenaz del sentimiento!
Lucha oprimido por el genio, y llora;
Que al salir de la lid con la victoria
Hay en tu frente claridad de aurora,
Y en tu conciencia resplandor de gloria!...

Alas, sonrisas, cantos, armonias,
Subid! volad! dejad los pensadores,
Los calvarios, las negras agonías,
Los crímenes, las luchas, los dolores!
Adelante! Valor, reveladores
Que nos habláis del porvenir lejano.
¡Oh sabios, extendednos vuestra mano!
¡Siempre adelante! Por la cruz guardados,
Fija la vista en el altar bendito
Marchemos á los antros ignorados,
Marchemos al Señor y al infinito.
Marchemos por la senda que seguía
Acompañado de Beatriz el Dante;
Sintamos al Señor, cual lo sentía
Moisés en el Horeb, cuando en un dia
Se coronó de lumbre centellante!...

Ah! todos ellos cantan la grandeza
O hieren, sin espanto, la miseria;
Todos ellos derraman la belleza,
Nos sacan del dolor y la materia;
Muestran la luz de la primer mañana;
Levantan el pendon de los combates;
Tocan triunfales la sonora diana;
Y juntos, sabios, sacerdotes, vates,
En los vastos problemas de la ciencia
O en los hondos abismos de la vida,
Alzan al cielo el corazón ferviente
Sellado con la luz de la conciencia,
Que alumbra las arrugas de la frente!...
Ya llega al alma el celestial rocío,
Ya en los espacios al Señor se alcanza,
Se ha cantado la muerte y el hastío,
Cantemos el amor y la esperanza!
Oh corazón! tan sólo en los acentos
Que parten de esas liras enlutadas,
Tan sólo en los divinos sentimientos
De esas almas que van desesperadas,
Tan sólo en las espléndidas praderas
Tan sólo en las graníticas montañas
Que levantan sus frentes altaneras
Entre las nubes rápidas y hurañas;

Tan sólo en los torrentes despeñados,
O en medio de las roncas cataratas,
Se encuentran los acentos inspirados
Que en tu salvaje soledad dilatas;
El canto de las aves solitarias,
La brisa que en los árboles se queja
Y esa mezcla de gritos y plegarias
Que sobre el ala del turbión se aleja!...
Pues hundido en el seno de los mares,
O escalando valiente el infinito,
Doquier encuentra el pensamiento altares,
En medio de las selvas seculares
O encima de los montes de granito!...

*

Aquí, á solas con Dios, como en un templo
En medio dela noche funeraria,
Lo concibo, lo adoro, lo contemplo
Y le hablo en la expansión de la plegaria!
Aquí me muestra de su gloria el rastro
El universo que sin calma oscila
Al soplo de su aliento omnipotente;
Admiro sus fulgores en el astro
Y en este espacio de quietud tranquila
Que me arrulla en su seno, apasionada,

Se proyecta su luz en mi pupila
Que queda en las tinieblas deslumbrada!
A mi vista se extiende el libro inmenso
Que han hojeado los sabios y profetas,
Que el corazón, á su fulgor suspenso,
Recorre con la voz de los poetas;
Este libro inmortal, Naturaleza,
Donde escribe el Señor su poderío
En la nube, el escollo, la maleza,
La flor, el aura, la campiña, el río!

Ah! feliz, bien feliz el iniciado
En tus misterios, madre de belleza!
Feliz el corazón que ha levantado
Ese velo de Isis, extendido
Encima de tu plácida grandeza!
El monte que refleja las edades,
El mar que lanza queja atronadora
A impulso de las roncas tempestades,
El cometa que vuela enardecido,
Derramando su luz deslumbradora,
Sólo son despreciables caracteres
Del nombre del Señor que, en raudo grito,
Arroja la palabra de los seres
Al último confín del infinito...

¡Oh madre del amor, Naturaleza,
Tú que arrullas encima de tu seno
Al corazón que admira tu pureza,
¿No es verdad que nos hablas con el trueno,
Que nos besas la frente con la brisa,
Que nos consuelas con la flor que llora
Y en cada resplandor de cada aurora
Nos muestras el fulgor de tu sonrisa?
Yo he contemplado en la feraz llanura
Bajar el sol de su dorado treno
Para internarse entre la noche oscura!
Yo he escuchado llorar ese abandono
Al ave con sus trinos seductores,
Al cielo con su plácido rocío,
Al sauce con sus débiles rumores
Y con sus quejas de dolor al río;
Y yo mismo he sentido palpitante,
Al avanzar la noche solitaria,
Esa opresión del alma agonizante
Que desborda por fin en la plegaria!...
Y es que un foco radioso de poesía
Desprendida de Dios, Naturaleza,
Sobre tus sienes majestuosas arde;
Tu palabra es la plácida armonía
Del viento, del raudal, de la maleza;

Por eso al descender sobre la tarde
El manto misterioso de la noche,
Cuando en el seno de apacible calma
La flor del corazón abre su broche
Y el cielo vierte aljófar en el alma,
Se sienten esas voces cariñosas
Que el viento en la tiniebla balbucea,
Palabras, sí, palabras misteriosas
Que viniendo de Dios van á la idea !

Cuando en el mundo, valerosos náutas,
Nos lanzamos en pos de la ventura,
Recorriendo, perdidos Argonáutas,
Un océano infinito de amargura;
Cuando cubren las nubes nuestro cielo.
Cuando entre sombras de implacable duelo
Se marcha en la existencia, es necesario
Que nuestra alma penetre en tu santuario
Oh sublime Vestal, Naturaleza !
Porque tuya es la mano que coloca
El nido solitario en la maleza,
La flor abandonada entre la piedra
Y en el alma el amor, como en la roca
Los verdes lazos de la agreste yedra !

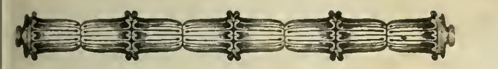
¿Qué importa entónces que el dolor arroje,
Al impulso voraz de las pasiones,
Como esas ramas que secó el invierno,
Un tropel de marchitas ilusiones?
¿Qué más da que frenético deshoje
El huracán continuo de la vida
Al corazón emocionado y tierno?
¡Aguila audaz, la idea seductora
En medio de la sombra se levanta!
Subir, siempre subir es su destino;
Y de la vida en el erial camino
Todo cumple su ley: el alma llora,
Sonríe el manantial y el ave canta!
Y allí, tan sólo allí, cuando se mira
Surgir el sol de púrpura vestido
Por el fúlgido oriente que se inflama,
Cuando el rocío por su rayo herido
Enciende cada gota en cada rama,—
Se comprende la luz, sube la idea,
Florece á su contacto el sentimiento
Y en el cenit del alma centellea
Como una nube que acaricia el viento!
La flor nos habla! De piedad henchida
Rebosa de su cáliz el perfume,
Y en el espacio de su corta vida

Palpita de pasión y se consume.
El mar nos habla! Su furioso empuje
Encuentra un dique en la potente roca,
Que á cada insulto de su voz que ruge
Con desdén á la lucha le provoca!
Nos habla el viento! Su palabra vana
Se pierde en el espacio rumorosa,
Como un eco de música lejana
Que atraviesa una noche tempestuosa!
Habla tambien la sombra, habla la aurora,
Habla la fuente y le contesta el río,
Y hasta el espacio se estremece y llora
Cuando derrama en perlas el rocío!

Es que el mundo también tiene su alma;
Es que al gozar celebra su alegría,
Es que en la sombra del dolor sin calma
Llora también, como también sentía...
Y en las palabras que tu voz derrama
Cual consuelo inmortal, Naturaleza;
En lo que dice el bosque, arde en la llama
Y suspira ó murmura en la maleza;
En la armonía universal que gime
En el viento, en el río, en la tormenta;
En esa voz del corazón sublime

Que el universo entero transparenta;
En el eco de amor que en su circuito
Es gorjeo en las dulces avecillas,
Y es en el mar lamento de fiereza
De las ondas que azotan las orillas;
En el alma inmortal del infinito
Que tambien late en ti, Naturaleza,
Nos habla Dios!...
¡Poétas, de rodillas!...





MIMÍ

Al Doctor D. Pedro Goyena

Era al rayo del sol de la mañana.
El jardín se bañaba en sus fulgores
Y la brisa al pasar, dulce y liviana,
Repartía sus besos á las flores.
Los árboles gozosos, sacudidos
Por sus ráfagas cálidas y suaves,
Acompañando el canto de las aves
Arrullaban sus sueños en los nidos.
El estanque bruñido sonreía.

Todo era alegre: el césped deslumbrante
Escuchaba extasiado la armonía
De la fuente veloz; y allá, distante,
Se empinaba, curioso y solitario,
Bañado de la luz en los reflejos,
Con su cúpula tersa de azulejos
Y su Cruz cincelada, el campanario!
Recorriendo las flores amorosas
Y dejando en sus pétalos su aliento,
Como rayos de sol, las mariposas
Giraban en eterno movimiento!
Todo era un himno al resplandor del día,
Al cielo centellante de la aurora,
Himno lleno de luz embriagadora,
De savia y explosiones de alegría!
Balbuceaba la brisa pasajera
En la verde extensión de la espesura...
—El mundo se agitaba con ternura
En su luna de miel, la primavera!...

*

Julia corría en medio de las flores,
Esas dulces hermanas de la infancia
Que tienen su inocencia y su fragancia
Y calman con dulzura sus dolores!

—En su espalda la rubia cabellera
Se esparcía como oro deshilado
Y su cutis de armiño, sonrosado
Por la viva inquietud de la carrera,—
Atraía á las dulces mariposas
Como la blanca túnica del lirio
O la roja corola de las rosas!
Era un sueño, era un rayo, era un delirio
Persiguiendo los giros de su vuelo.
Las ramas se inclinaban en su frente,
Y al pasar á la margen de la fuente
La contemplaba, reflejado, el cielo!

Al fin, cansada, se detuvo. El viento
La acarició con más amor. La alfombra
Del césped verde le ofreció su asiento
Y los árboles todos cariñosos
Se dilataron para darle sombra!
Meditaba. En sus ojos luminosos
Flotaba su mirada deslumbrante
Con la muda plegaria del que invoca!
Su único anhelo, su visión constante,
Lo que daba sonrisas á su boca,—
Era ese eterno sueño del cariño,

Era la imagen blanca y hechicera
De una Muñeca, la primer quimera
Que despliega sus alas en el niño!...

*

La Muñeca llegó. ¡Cuántas caricias!
¡Cuántos sueños de pronto realizados!
¡Cuánto amor, cuántas intimas delicias
Brillaron en sus ojos azulados!...
Aquel pequeño sér, aquel esbozo
Inanimado y yerto, de la vida,
Exhalaba un tristísimo sollozo!
En su cuello flotaba desprendida
Su suelta cabellera, que adornaba,
Julia llena de encanto y de ternura,
Y como último rasgo de hermosura
Y gracia extrema, — la muñeca hablaba!...
Era poco, es verdad. Pero, lectores,
¿Para qué más palabras, si decía:
—Papá y mamá, y, exánime, gemía
Como el ave sin nido entre las flores!...

Julia la amó con la pasión intensa
De la niñez risueña. La llamaba
Mimi; vivía de su voz suspensa;

Al descender la noche la arrullaba
Y dormía con ella entre los brazos.
Y si, á veces, Mimí, trémula y llena
De dolor, al llorar era importuna,
Julia inflexible, como enorme pena,—
Aunque llevando el alma hecha pedazos,—
La dejaba dormir sola en su cuna!

Y luego era el perdón! ¡Cuántos acentos
De cariño, borraban su castigo!
De su abandono y su dolor testigo
Para calmarla, le contaba cuentos!
Y al conjuro de esa alma encantadora
Acudían los genios y las hadas;
Barba Azul en la sombra aterradora,
Pulgarcito estampando sus pisadas
A través de la selva tenebrosa
Donde el Ogro de niños se alimenta,
Y, junto al fuego del hogar, radiosa,
La pobre, la querida Cenicienta!...

*

Llegó el invierno destemplado y frío!
Los árboles, sufriendo las nevadas,
Retorcían sus ramas descarnadas
A la luz del crepúsculo sombrío!

Ya no flotaban como tersas plumas
Las nubes al cruzar el firmamento!
Como un puñal asesinaba el viento!
Todo era angustia, soledad y brumas!
La fuente se arrastraba moribunda
Sobre el lóbrego cauce congelado,
Y el mar, sobre el peñasco quebrantado,
Inclinaba su sién meditabunda!
Sin la fuerza del sol y de la aurora,
Bajo el cielo de nubes encubierto,
El jardín muere, la arboleda llora
Y nadie cruza su ámbito desierto!
Todo busca calor. Dentro del nido
No se escuchan arrullos ni canciones!
Caen las hojas, y van las ilusiones
A morir en el seno del olvido!

Ah! el plácido hogar gime sin calma!
Falta una voz en su recinto estrecho,
La voz de Julia que le daba el alma!
La fiebre que, esperándola en acecho,
La ha dejado crecer, pura y hermosa,
Una noche callada y tempestuosa
La hirió á traición y la postró en el lecho!
Y su pobre cabeza, devorada

Por el delirio y el dolor, se oprime;
Vaga triste y sin rumbo su mirada;
De cuando en cuando dolorida gime
Y cansada, sin savia, se debate
En garras de ese fúnebre tirano,
Con el esfuerzo triste y soberano
Del que lucha en el último combate!...

Lentamente, se apaga la existencia
En su cuerpo sin fuego. Todo inspira
A su lado la paz y la inocencia.—
Su madre melancólica la mira,
La luz alumbra su pequeño lecho.
Un Cristo le abre los eternos brazos,
Y sueña que recibe sus abrazos
Y que duerme, por fin, sobre su pecho!
Entonces, como flor que en la mañana
Inclina sobre el tallo la corola,
Como en un beso, pálida y liviana,
Se derrama la espuma de la ola,—
Inclinando su frente sin pesares,
Oye un trémulo acento que la nombra,
Escucha como un ruído de cantares,
Quiere abrazar á un ángel en la sombra,
Extiende el brazo, rigido y suspenso,

Como apartando el golpe que la hiere,
Mira á su madre, con amor inmenso,
Y, besando á Mimí, suspira y muere!—

. . . .

*

Desde entonces la madre sin aliento,
Como un espectro en la tiniebla, pasa
Con un solo dolor y un pensamiento
Que el alma lentamente le traspasa!
Y arrastra, con la mente en el pasado,
Que, como una montaña, se derrumba
Encima de su pecho fatigado,
La vida del ciprés sobre una tumba!

De tarde en tarde, con la vista errante,
Vacilando en su marcha, se dirige
Al cuarto abandonado, y anhelante
En el mundo martirio que la aflige,
Con la frente siniestra y contraída
Por la sombra tenaz de su fortuna,
Dice:
«—Julia... No ha muerto... está dormida!...»
Y se aleja, extraviada, conmovida
Mientras queda Mimí sobre la cuna!...



EL PAYASO

A mi amigo Adolfo Mitre.

El circo se agitaba y aplaudía
Las gracias del Payaso. — Era una noche
De calma, de dulzura, de alegría
De esas en que abren todas las estrellas
En el espacio su radiante broche,
En que el viento suspende sus querellas,
En que el ave suspira sus canciones,
La atmósfera se llena de fragancia,
Y revive el pasado en la distancia
Con todas sus primeras ilusiones.

El Payaso, risueño, desplegaba
Un valor sin igual. Nadie se arroja
Con más agilidad. Nadie danzaba
Como él, corriendo por la cuerda floja.
Nadie muestra más alto menosprecio
De las redes que faltan á sus plantas,
Al volar de un trapecio á otro trapecio
Anudando la voz en las gargantas!...
Arrastrado en un vértigo incesante
Giraba en remolinos prolongados,
Y al retirarse, pálido, jadeante,
Lo llamaban de nuevo á los tablados.
Volvía, entónces, con la boca seca,
Vaga la vista y vacilante el paso,
Ostentando en sus rasgos fatigados
Las contracciones de su eterna mueca...
Y todos aclamaban al Payaso!

*

Ay! aquel hombre, pálido y convulso
Bajo la alegre faz de su careta,
Huía luego con ardiente impulso,
Y disfrazando su emoción secreta,
En todos los intérvalos, — en tanto
Que el circo retumbaba, que se oían

Música, gritos, carcajadas, canto,
Voces de aliento, manos que aplaudían,
Corría hasta llegar á un aposento
Con paredes de lienzo, húmedo, estrecho,
Y allí con el semblante macilento,
A la cabeza de un pequeño lecho,
Contemplaba á su hijo moribundo
Lleno de angustia y de tristeza; — luego
Lo acariciaba con amor profundo,
Apresurado modulando un ruego,
Y en tanto que una fúnebre agonía
Le echaba al cuello su tremendo lazo,
El circo redoblaba su alegría
Y los niños llamaban al Payaso!...

*

Contempladlo! aquí está! Llega, adelanta,
Como nunca grotesco y harapiento;
Su bonete de fieltro se levanta
Y gira con alegre movimiento; —
Su rostro donde todos los colores
Han dejado su beso y han partido, —
Extraña confusión de resplandores,
Carcajada pintada en un gemido, —
Todo lo muestra como un sér sin nombre,

Todo inspira en el público impaciente
Esa torpe sonrisa indiferente
Con que miramos la abyección del hombre!...
  Y él nunca, nunca se mostró más diestro.
Sus palabras brotaban á torrentes
Con una especie de rumor siniestro;
Sus chistes eran tristes é insolentes;
De pronto su dolor le dominaba
Y saltando con ímpetu de fiera
Que quebranta su cárcel, se arrojaba
Sobre un potro lanzado á la carrera,
Y con gritos horribles, con acentos
Donde se unía el odio á la locura,
Apuraba sus raudos movimientos
Y seguía en un pie, con su figura
De demonio que arrastra el torbellino,
Más indomable en su tremendo empuje
Que el huracán frenético que ruge
Y despoja la selva en su camino!...
  ¿Quién dirá que aquel sér que no suspira...
Y que lleva una máscara risueña,
Adora á un niño y ese niño espira,
Y, en tanto que su público delira,
Su mano moribunda le hace seña?...

*

Cuando escapó, con mezcla de cariño,
De repugnancia y de terror, —cubierto
Por aquel traje vil, —el pobre niño
Estaba mudo, agonizante, yerto!
Una paz dulce, una celeste calma
Aplacó la amargura de su alma,
Y al volver á partir, lo dejó muerto!...
Un suspiro, un gemido, después nada!
¡Oh Señor! la niñez es una aurora:
Una nube la nubla á la mirada
Sin disipar su luz deslumbradora.
Aquí se dobla con dolor la frente
Y en la tumba otra frente se levanta.
Nunca muere del todo el inocente...
Una ave calla, mientras otra canta!

Murió, y al borde de su tumba abierta,
En la hora de tristes pensamientos
En que volvemos nuestra vista incierta,
Cargada de reproches y tormentos,
Al rápido camino recorrido, —
Nadie estrechó su mano demacrada,
Nadie escuchó su lánguido gemido,
Y se perdió en la sombra y el olvido
Sin hallar otros ojos su mirada!

El lienzo de su cuarto descubría
Un pedazo de cielo con estrellas;
Creyó que lo miraban. Quizás ellas
Llorabau presenciando su agonía!
Qué soledad tan triste! Su lamento,
Como una acusación contra la suerte
Levantaba sus ecos doloridos,
Que al brotar espirabān, absorbidos
Por la calma profunda de la muerte!...

. . . .

El Payaso lloraba arrodillado
Con la frente apoyada sobre el lecho.

Todo callaba. En el recinto estrecho
De aquel húmedo cuarto abandonado
La muerte se encontraba solitaria.
Sus lágrimas candentes de amargura,
Al correr desteñian la pintura;
Lo velaba una lámpara precaria
Y sin consuelo en su dolor profundo,
Esclavo de un tenaz remordimiento,
Se elevaba un monótono lamento
De su pecho cansado y moribundo..

De pronto se detuvo. Un eco extraño
Llegó á su oido, el circo lo llamaba;
El circo inexorable que gozaba
Con la amargura de su inmenso daño;
Impaciente, esperando su salida,
Rugía, como león aprisionado.
Alguien gritó: —«Venid! os han llamado!»
—«A mí?»—dijo con voz extremecida.
Y calmando el ardor de su delirio
Se levantó con vacilante paso,
Como el reo que marcha á su martirio,
Murmurando: —«Es verdad: ¡soy el Payaso!»

*

Cuando de nuevo se mostró en la arena
Fué saludado con alegres gritos...
Llevaba desgreñada la melena,
Y en los surcos profundos de su frente
Mil pensamientos de locura escritos.
Su rostro era una masa indiferente
De colores, un trozo de paleta.
Flotaba hecho girones su vestido;
Era su acento penetrante y fuerte,
Y su mirada enrojecida, inquieta,
Vagaba como un pájaro sin nido!...

Se paró como atónito de asombro;
Miró sin ver, sin comprender su suerte,
Fiel todavía al cuadro de esa muerte
Como la hiedra débil al escombro.
Pero luego, saliendo de su calma
Como ebrio de dolor y de agonía,
Estallaron de pronto sus pasiones
Y reventó la tempestad en su alma,
Con un grito estridente de alegría,
Carcajadas y horribles convulsiones!...

Y al caer en la arena sin sentido,
El público pacífico partía
De las arañas al fulgor escaso,
Y con sordos murmullos repetía
Las espléndidas gracias del Payaso!...





HOMO

A Olegario V. Andrade

Al hundir la mirada en el pasado
Y en su sombra abismar el pensamiento,
Se estremece el espíritu agitado,
Y, como niebla que dispersa el viento,
Cuando el sol brilla y la arboleda canta,
Se evapora la duda transitoria,
Y del fondo sombrío de la historia
El Génesis del mundo se levanta.

Cuadro inmortal! Como salvaje fiera
Que se revuelve en la opresión y ruje,
El mar jadeante, con furioso empuje,
Vela y salpica la lejana esfera.
Hierve el fuego en las cóncavas entrañas
Del astro incandescente; se elabora
La gran transformación, y las montañas
Mueven sus crestas con rumor profundo,
Y esperan el incendio de la aurora
Para bañarse en resplandor fecundo!
La lava hirviente con vigor circula
Como la savia en el follaje umbrío;
Estremecida la extensión ondula,
Y las brumas eternas del vacío,
Desarrolladas por oculta mano,
Confunden sus vapores con las olas
Y cubren el hervor del oceáno
Circuído de brillantes aureolas.—
El viento airado la extensión flagela
Y el eco de las hondas convulsiones,
Como coro de eternas maldiciones,
De mundo en mundo se dilata y vuela!—
La explosión del volcán une su acento
Al estallido del granito; el monte
Vacila, como un ebrio, en su cimiento

Coronando de sombra al horizonte,
Y, entre gases, rumores, cataclismos,
Las ruínas se confunden con las ruinas,
Y, cubierto por lumbres mortecinas,
Se cierne el huracán en los abismos!

Mas luego, como un pecho que se calma,
Poco á poco apacigua sus latidos
La Tierra, que en los aires encendidos
Se inclina como el tronco de la palma,
Y entre dulces destellos de topacio,
Iluminada por la luz divina,—
Como una novia que al altar camina,—
Paso á paso, se pierde en el espacio.
—Aún se sacude con temor. Apenas
Desprendida del Caos que la guardaba,
En sus vísceras móviles, la lava
Palpita como el mar en las arenas.—
Las selvas lentamente se coronan
De hojas y flores, el torrente gime,
Las aves á las brisas se abandonan
Y dan al aire su canción sublime.
Cuando la luna pálida destella
Se agita dulcemente la enramada,
Y, desgarrando la extensión callada,

Abre sus ojos la primera estrella !
Sobre los campos y su verde alfombra,
Cuando extiende la noche sus crespones,
Se oye un vago rumor de conmociones
Y los monstruos despiertan en la sombra !
¡Todo es grande! —Legiones de colosos
Al mundo imponen su poder sin nombre
Y reinan en los antros pavorosos...
¡Sólo es pequeño y miserable el Hombre!

*

Job de la tierra ! Pária sin consuelo !
Fuego cubierto por mortal ceniza !
Vedlo! Sin fé, sin libertad, ni anhelo,
En la sombra, temblando, se desliza.
Y mientras todo brilla esplendoroso
Al soplo de la vida, que en torrentes
Se esparce sobre el seno de la tierra,—
Ni el júbilo comprende ni el reposo,
Va arrastrando sus pasos impacientes,
Soldado eterno de una eterna guerra,
Que, de la suerte en los oscuros senos,
Combate y triunfa, sin honor ni gloria,
Alcanzando, por única victoria,
Un dolor nuevo y un peligro menos.

Vive oculto en la rústica caverna,
O en la choza cubierta de hojarasca
Dios lo abandona, el mundo lo gobierna,
Y, herido por la pena y la borrasca,
Sin una luz cuando la noche fría
Extiende el manto de su sombra densa,
Recorre las llanuras sin defensa
Con el instinto del pavor por guía.
O, presa del dolor y la asechanza,
Bajo las grutas cóncavas y estrechas,
Con el bárbaro afán de la venganza
Afilando la punta de sus flechas,
Parte, al brillar en el confín lejano
El primer resplandor de la mañana,
Veloz corriendo tras la fiera hircana
Con el hacha de sílex en la mano!

Y allí, cuando las sombras solitarias
Se dilataban por el ancho cielo,
De rodillas cayendo sobre el suelo,
Levantaba su férvidas plegarias!...
Cruzó errante los valles, la pradera
Y el círculo fugaz del horizonte,
Y en las cúspides lóbregas del monte
Sintió nacer su Religión primera.

Todo le hablaba: el céfiro en la rama,
El agua en la aspereza de la roca,
Del sol naciente la celeste llama,
El mar, la flor, los astros! Como un canto
De libertad y de pasión, su boca
Balbuceó un himno majestuoso y santo,
Y, al borde del profundo precipicio
Cubierto por el manto de la hiedra,
Puso á sus Dioses de grosera piedra
Sobre el místico altar del sacrificio!

Ay! era libre como el ave altiva
Que abandona su nido, cuando el viento
Hace temblar su ala fugitiva
Y pretende escalar el firmamento!
Nómade y solo, con vigor salvaje
Cruzaba el mundo, y en su pecho oscuro
Balbuceaba con ímpetu inseguro,
De las hondas pasiones el lenguaje.
Amó! sobre los llanos de esmeralda
Despertaron sus sueños comprimidos,
Brindó á una virgen su primer guirnalda,
Se exaltaron de pronto sus sentidos,
Se encendió su mirada centellante
En la luz de otros ojos abismada,

Y fué el mundo, al fulgor de la alborada,
El tálamo nupcial de aquel amante. —
Cubierto por los árboles espesos,
Rendido de emoción y de ternura,
Arrulló el alma de su amada pura
Con la música eterna de sus besos.

¡Noche de amor! ¿ Qué valen los poderes,
La efímera ambición, el ansia loca
Que agota nuestro sér en los placeres,
Ante el dulce murmullo de una boca
Que roza nuestra frente, de un acento
Que como tierna tórtola nos llama,
De un labio ardiente, de pasión sediento,
De un corazón que se despierta y ama ?—
¡Noche de amor! La atmósfera serena
Temblaba dulcemente; en el capullo
Gemía el viento, y, al besar la arena,
El mar alzaba su perpetuo arrullo!
La flor emocionada, el ave sola,
La selva oscura, el palpitante nido,
Desde el lánguido canto de la ola
Hasta el salmo del mundo estremecido,
¡Oh eterno Amor! tu inspiración bebía!

Se aspiraba el efluvio de tu aliento
En el brillante resplandor del día,
En la sombra tenaz del firmamento,
Del aura errante en los inquietos giros,
Y el mundo nebuloso y solitario
Exhalaba plegarias y suspiros
Como el arpa que gime en el santuario!

*

El Ídolo fatídico y sangriento
Cayó como el alud desde la cumbre.
Los Dioses en compacta muchedumbre
Raudos flotaron sobre el éter solo,
Y el Hombre, al despertar al sentimiento,
Dejó á Moloch para abrazar á Apolo!
En medio de las vastas soledades,
Al impulso del céfiro movidos,
Los árboles se pueblan de Deidades
Y despierta el ardor de los sentidos.
Corre el Fauno veloz entre el ramaje,
La Ninfa voluptuosa lo enardece
Y el Silvano, con ímpetu salvaje,
Entre las ramas móviles se mece.
La Náyade ligera se enamora

En la corriente cristalina y pura,
Favonio se estremece en la espesura
Y reparten, con luz deslumbradora,
Diana el pudor y Venus la hermosura!

Venus! blanca deidad! mágica hoguera
Donde se abrasa el corazón humano!
Besada por la onda del oceáno
Que mecía tu blonda cabellera,
Las Gracias y las Risas dulcemente
Te arrastran con los rápidos Tritones,
Brilla el fuego del sol sobre tu frente
Y laten en tu seno las pasiones!
Tu cuerpo real magnífico descuella
Y cuando te alzas fúlgida y desnuda,
El mundo entero se conmueve y duda!
Anda! eres Diosa puesto que eres bella!
En tus sienes no muere la guirnalda
Del amor y el placer, y sus destellos
Dejan ver el raudal de tus cabellos
Como un manto de sól sobre tu espalda!
Luchas y triunfas en perpetua calma
Sobre la sangre y el humano lodo!
¡Oh! Diosa del Ámor! reinas en todo!

En todo, si! Pero te falta una alma!...

¿Por qué rugió la tempestad sombría
Arrastrando en sus alas las creencias,
Venus cayó, temblaron las conciencias
Y sucedió á la religión la orgia?...
Como potros salvajes, las pasiones
Destrozaron los cármenes lejanos,
Y se arrastró á los pies de los tiranos
El retórico al par de los bufones!...
Oh sociedad! inquieta cortesana
Que en el público lecho te vendías,
Ahogando tus ocultas agonias
En los santuarios de la fé profana!
Ebria de sangre, de placer sedienta,
Prostituyendo tu misión divina,
Velabas bajo púrpura sangrienta
La torpe corrupción de Mesalina!
Y el Hombre vil, soltando sus pasiones,
Holló el placer, la gloria y el deseo,
Dispersando en el viento sus girones
Heridos, temblorosos, palpitantes,
Como el crudo furor de las Bacantes
Los miembros destrozados de Penteo!

¿Qué le quedaba? Solitario, hundido
En la duda, en la nada y en la muerte,
Triste sondeó su miserable suerte,
Vió su entusiasmo juvenil perdido,
Vió su marchito corazón, su vida,
Su libertad, y, como nave rota
Que el viento impulsa y el escollo hiere,
Dilató su mirada humedecida,
Interrogó la inmensidad remota
Y sus pesares le dijeron: Muere!...

La turba se arrastraba rumorosa,
Se ennegrecía la lejana esfera
Y el cierzo de la noche borrascosa
Sucedía á la alegre primavera.
Se velaba en la sombra de los cielos
El ángel de los sueños inmortales;
De un lado lo asechaban sus desvelos,
Del otro, despojándose de velos,
Lo llamaban las roncas Saturnales!
Entónces ¡ay! ciñéndose las rosas
Del festín, con la cítara en la mano,
Al blando son del dáctilo liviano
Levantando las copas espumosas,

Mientras el trueno en la extensión rujía
Y la fiera del circo destrozaba
El cuerpo palpitante del cristiano,
Apuraba el tumulto de la orgía,
En el placer de la abyección gozaba,
Y, al pasar como el viento del desierto,
Interrumpiendo su feliz transporte,
La espada de los bárbaros del Norte
Violó el sepulcro de un cadáver yerto!...

*

Los restos sin vigor de las legiones
Se envuelven en el polvo de la muerte
Y arrastran por el lodo sus pendones!
La fe divina, la conciencia fuerte
Que en el amor y la virtud se afianza,
Caen de la altura de su eterno solio
Al ver desparecer en lontananza
Los Dioses del antiguo Capitolio!
Con ciego afán, los monstruos imperiales
Despedazan su fúlgida diadema,
Y en un arranque de ambición suprema,
De Dios y la verdad en vilipendio,
Si salen de las rocas bacanales

Es para ver la rabia del incendio!

Luego, ante Cristo, se detuvo el mundo!...
Como un suspiro resonó su acento
De libertad, y el Hombre moribundo
Se sintió renacer al sentimiento!...
Oh! sobre el polvo del dolor, perdido
En todos los horrores de la suerte,
Sintiendo resonar junto á su oído
Las fúnebres salmodias de la muerte,
Repartiendo el perdón, la fe, el ejemplo,
Como el pan á una turba de mendigos
Reunidos bajo el pórtico del templo,
Viendo alzarse en tropel los enemigos,—
¿Quién no hubiera sentido el desconsuelo
Amargar la corriente de su vida?
¿Quién no se hubiera levantado al cielo
Al mirar la verdad escarnecida,
La fe y los odios en perpetua guerra,
La iniquidad venciendo al heroísmo,
Y ante el fúnebre altar del Paganismo
Arrodillada sin pudor la Tierra?

Ah! solo tú! Cuando en la noche helada

El ósculo del viento entumecía
Tu cuerpo, y al posarse tu pisada,
Desde el monte lejano á la hondonada,
Su huella en los desiertos imprimía;
Cuando roído por oculta pena
Llamabas á tu seno al desgraciado
Y enjugabas el llanto desolado
De la Nióbe cristiana, Magdalena,—
¿No es verdad, no es verdad, mártir divino,
Que en el fondo de tu alma silenciosa,
Ante el mudo misterio del destino
Y el afán de la vida tempestuosa,—
Una inmensa piedad te desarmaba
Al mirar nuestros fútiles empeños,
Nuestra materia de la muerte esclava,
Y la cruel vanidad de nuestros sueños?—
Soplo de luz! Espíritu de vida!
Todo á tu impulso se transforma y vive;
Todo alumbra tu sér; todo recibe
La savia de tu sangre enardecida!...
Y á lo lejos, soñando, en el desierto,
En la Cruz, en el Circo, en la tortura,
Todo renace, y el cristiano apura
La copa del dolor y la amargura,

Por el escudo de su fe cubierto.
Calla el grito de muerte del profeta,
Friné cubre su seno palpitante
Y en el silencio de la noche, errante,
Se macera el doliente anacoreta!
Recobra el alma su perdido imperio,
El éxtasis divino la devora
Y en el sudario de la sombra llora
Perdida en el oculto monasterio!
Y allí, bajo las bóvedas oscuras,
Cuando la noche pálida se inclina
Y derrama su sombra mortecina
Sobre montes, torrentes y llanuras;
Allí, sobre las piedras funerarias
Del oculto sagrario, prosternado
Al pie del Crucifijo demacrado,
Habla el mártir con Dios en sus plegarias!

*

Humanidad! Esclava sempiterna
Que cae del crimen al error doliente,
Y vuelve con el alma indiferente
Al vicio, como el ebrio a la taberna!
Cortesana que adula á los tiranos

Y al amor de su pecho los provoca,
Brindándoles el fuego de su boca
Y la ardiente caricia de sus manos!
Mártir cobarde que, sin fe ni anhelo,
Se arrastra por la cumbre ó el abismo,
Alzando cuando truena el cataclismo
El ruego á Dios y la mirada al cielo!
Maestra de los vicios seculares
Que ensangrientan el campo de la historia!
Despiadada madrastra de la gloria,—
¿Quién que mide tus íntimos pesares,
Tu cínica abyección, tu hipocresía,
No se arranca del alma la alegría
Y ahoga la expansión de sus cantares?...

Todo muere: la gloria, la ventura,
La dulce candidez de los amores,
El perfume tranquilo de las flores
Y el alegre matiz de la llanura...
Y mientras todo á nuestros pies hundido
Por el tiempo veloz, rueda á su empuje;
Mientras cae en las sombras del olvido
La cándida inocencia; mientras ruje
La pasión y despierta la venganza;

Mientras en pos de la verdad perdida,
Pedimos un mendrugo de esperanza
En los tristes banquetes de la vida,—
La fe se apaga, la ilusión nos deja,
La amargura en el alma se desata,
Huye el amor, la inspiración se aleja,
Nos miente el hombre, el corazón nos mata!
Guardamos ¡ay! con misterioso encanto
Dentro del pecho que el afán consume,
La armonía más lánguida de un canto,
La caricia más suave de un perfume;
Cruzamos entre prados halagüeños,
Henchidos de esperanza la existencia,
Mezclando nuestros sueños con los sueños
De un ángel coronado de inocencia;
Abrazamos su forma encantadora
Escuchando sus trémulos latidos
Como se escucha al apuntar la aurora
El trino de los pájaros perdidos,—
Hasta que un día, pálido y lejano,
Nuestra mirada con horror sondea
El corazón indiferente y vano
De esa torpe y mezquina Galatea!...
Y vamos tras la luz, tras la fortuna,

Llevando como signo de consuelo
La santa paz que nos meció en la cuna,
La dulce fé que nos bajó del cielo,—
Hasta encontrar, con inquietud sin calma
Y la vista clavada en el pasado,
Heladas las pasiones en el alma
Como cirios de un templo profanado!

Oh! yo lo siento! Con pesar profundo
Me abandono á los ondas encrespadas,
Y fijando en la tumba mis miradas
Dejo pasar la vanidad del mundo!
Y sueño con el éxtasis bendito
Que vive de ideal y de pureza,
La ley suprema, la inmortal belleza
O el fuego del espíritu infinito!
En la tarde tranquila en que se agita
La oración que remonta á las alturas
Del seno de las bóvedas oscuras,—
Mi dolorido corazón palpita
A la vista del Cristo lacerado
Que reparte, en los ámbitos desiertos.
El perdón de su labio demacrado,
Y el amor de sus brazos entreabiertos!

¡Caricia celestial! Fuente sagrada
Donde bebe esperanzas é ilusiones
La pobre humanidad desamparada!...
¡Ay! si deben morir las expansiones
De este pecho que late enardecido
Al ritmo de profundas convulsiones;
Si, al querer elevar un mausoleo
Donde duerma el letargo del olvido
Este horrible pesar que lo devora
Con todos los tormentos del deseo,
Se estremece la mano vengadora,—
Corazón! mientras todo se derrumba
Abrázate á la Cruz, desesperado,
Y, á la sombra del claustro sosegado,
Sepulta tu dolor en otra tumba!

*

Oh poetas! El mundo nos convida
A gozar y á vivir. El cielo es puro,
La tarde bella, la extensión florida.
Bajo las hojas del follaje oscuro
Se sacude la flor. El ave amante
Entona sus dulcisimas querellas
Y, en la noche callada, las estrellas

Nos clavan su mirada rutilante.
En la selva los árboles reales
Van sembrando el azahar de su corona;
La alameda á las brisas se abandona;
El cielo se retrata en los cristales
Del río, melancólica serpiente
Que se arrastra en el campo dulcemente
Entre zarzas y móviles juncales!
El agua lame la menuda alfombra
Del prado encantador; viven los nidos;
Y duerme, entre los muros carcomidos,
El buho, sacerdote de la sombra!
Todo es amor! Rebosa la existencia
Y late el universo satisfecho...

Por qué, entonces, llevamos sin clemencia,
La eterna esclavitud en la conciencia
Y el eterno dolor dentro del pecho?...

¡Hemos llegado á la mitad del dia!...
Dirigid al pasado la mirada
Y bebed en su sombra descarnada,
Pueblos, la fé! poetas, la agonía!
Raza indomable! tu camino incierto,
Los pasos de tus mil generaciones,

Los harapos de todas tus naciones
Sembrados sobre el monte y el desierto,
Los tronos, tabernáculos, altares,
Los pórticos, los templos seculares,
La clámide y la toga, la insensata
Vanidad, y la fuerza transitoria,
Se cruzan en la sombra de la historia
Que el soplo de los siglos arrebata!

Allí la cruz. Aquí, los estertores
Del dolor. El plebeyo y el ilota.
Siempre, siempre de pie los opresores,
La verdad muda y la esperanza rota!
Escuchad! Escuchad! Pueblos! el grito
De todos los que sufren, se levanta,
Como una acusación del infinito,
Del polvo que remueve vuestra planta!
Ay! el Hombre se arrastra macilento
Y nada lo consuela en el martirio.
Un delirio se mezcla á otro delirio,
Y un tormento se liga á otro tormento!
Si busca á Dios, le arrebatáis el cielo!
Si quiere amar, le desgarráis el alma!
¿Cuál es, Señor, la reservada palma,
El premio de su pena y su desvelo?

¿Acaso siempre la tenaz pelea
Le dirá: Muere? ¿Acaso confundidos,
Veremos á tiranos y oprimidos,
Y cómplice á la espada de la tea?
¿Acaso siempre tus eternas leyes
Servirán de irrisión á los impíos?
¿Acaso velarás los desvaríos
De dogmas viles, y cobardes reyes?
¿Acaso escuchas las dolientes voces
De todos los que claman y te imploran,
Y hieres sin piedad á los que lloran
En el santuario de los falsos Dioses?...

Míranos! Solos, desterrados, mudos,
Llevamos la tormenta en nuestro seno!
Y desnudos de amor, de fé desnudos
Arrastramos nuestra alma por el cieno!
Nos agita el indómito murmullo
De la pasión, que ruje á nuestro lado!...
El Hombre es un monarca destronado
Que ha roto la diadema de su orgullo!
¿Qué importa que la gloria lo corone,
Que lo contemple el porvenir lejano,
Que el corazón se calme algún instante
Si es sólo al fin un corazón humano?

¿Qué importa que la Gloria deslumbrante,
Le dé á probar la copa bendecida,
Si todas las grandezas de la vida
Pasan más pronto que el cometa errante!...

Amar!... Y para qué? Todo palpita
Para morir después; todo se arroja
En la pena, las brumas, la congoja;
La virtud rueda, las creencias vuelan,
Y después del ardor del primer beso
Nuestros labios frenéticos se hielan.
Vivir! ¿Y para qué? ¿Tanto embeleso,
Tantos ecos de amor, tantas canciones,
Tantos gritos de paz y de alegría,
Tanta luz, tanta fé, tantas pasiones
Para llenar la aspiración de un día?...

Has triunfado, Dolor! Muerte, has triunfado!
Dios está convertido en un verdugo
Y el hombre arrastra el formidable yugo
De todos los errores del pasado!
Esclavo, sufre; como rey, espera.
Cada astro solitario que se enciende
Entre las nubes de la azul esfera,
Cada ave errante que los aires hiende,

Cada rayo de la luz de primavera;
Cuanto á su paso lo acaricia y ama,
Cuanto á su triste corazón inspira
Con las dulzuras de la eterna llama
Y la armonía de la eterna lira,
Hoy es sonrisa, claridad, perfume,
Palpitación de la esperanza humana,
Luego hoguera de amor que se consume,
Polvo, miseria y vanidad mañana!





LAVINIA.

Moi qui ne suis pas prude et qui n'ai pas de gaze
Ni de feuille de vigne à coller à ma phrase
Je ne passerai rien. . . . .
Ce que j'écris, n'est pas pour les petites filles
Dont on coupe le pain en tartines. Mes vers
Sont des vers de jeune homme, et non un catéchisme

Th. Gautier.—*Albertus*.

I.

En las noches de invierno, junto al fuego,
¿ Qué hacer, lector, cuando el carbón chispea,
Pasa la brisa modulando un ruego,
La lluvia melancólica golpea
El balcón de la pieza silenciosa,
Nuestro callado corazón reposa,

Y se escucha el rodar de los carruajes,
De la turba que pasa los zumbidos,
Cual rumor incesante de oleajes
En calma sepulcral desvanecidos?

II.

Unos vuelven la vista hacia el pasado
Evocando su imagen transitoria;
Otros recuerdan la perdida historia
De un sueño de ventura disipado;
Otros, escriben versos; yo, contento,
Dejo libre vagar mi pensamiento,
Tomo y recorro con afán ansioso
Una vieja novela, y al conjuro
De su acento, se puebla mi reposo
Y se ilumina mi cerebro oscuro!

III.

Viejo Dumas, amigo de mi infancia,
¡Cuántas veces, tan fijos como absortos,
Meditando en los músculos de Porthos
Te evocaron mis ojos! La distancia
No ha borrado tus grandes creaciones.

Aún avanzan en rápidos bridones
Los héroes del amor y de la guerra
Maison Rouge, Artagnan y Monte-Cristo,
Los dioses coronados de la tierra,
Que en todos nuestros sueños hemos visto!

IV.

¡Aún viven esas reinas, esos pajes,
Esos amantes que el amor traiciona;
Gorenflot y su pollino; la tizona
Del valiente Chicot; los ricos trajes
De los reyes hidalgos; las batallas;
El escuadrón que asalta las murallas;
El choque de la lanza y el escudo,
O, como el rayo en la penumbra incierta,
El puñal de Antony, siempre desnudo,
Y su amada á los pies, rígida y yerta!

V.

Otras veces, recuerdo conmovido
Aquellos días de la edad primera,
En que despierta el corazón dormido
Alos rayos de un sol de primavera;

El colegio, su rápido tumulto,
La habilidad con que pasaba oculto
Con un libro, en los viejos corredores:
¡Toda aquella existencia divertida
Entre el latín, el juego, la comida,
Y el baño de saber de los doctores!...

VI.

¡El colegio! ¡Aún contemplo con tristeza
Sus muros, sus salones, mis maestros
Que, al mover fatigados la cabeza,
Me llenaban de horóscopos siniestros!...
¡Mis largas luchas con la lengua griega,
Mi terror por el *alfa* y el *omega*,
La Química, pesada como el plomo,
Cuya horrible visión me perseguía
Hasta que, al fin, por descansar, caía
En brazos de Artagnan ó Juan Palomo!...

VII.

Yo amaba la pereza, el sueño vago
Que en nada fija su perpetuo vuelo:
Mi espíritu, tranquilo como un lago,

Siempre en su fondo reflejaba el cielo!
Las ciencias me eran todas antipáticas;
No podia sufrir las matemáticas;
De las versiones griegas y latinas
No conserva recuerdo mi memoria;
¡Sólo hallaba muy lógico, en Historia,
El rapto sin igual de las Sabinas!...

VIII.

Mi pecho ansioso de pasión profunda
Y lleno de ilusión retrospectiva,
Era una tierra virgen y fecunda...
La bella Helena, la Romana altiva
Herida por la mano de la muerte,
Las víctimas del odio de la suerte,
Las virtuosas, las débiles, la impura
Que Lysistráta llamaria hermana;
Cleopatra, reina; Aspasia, cortesana;
¡Yo amaba á todas con igual ternura!...

IX.

Un día, al arriesgar una caricia,
Cabizbajo sali de la pelea,

Y víctima infantil de la injusticia
Comencé á despreciar mi Dulcinea...
¡Ah! pobre Caballero que adelantas
Por la sierra de lóbregas gargantas,
De tu rocín desapacible al trote, —
¿Qué encuentras en lugar de tu hermosura?
¡La decepción, la muerte y la locura!...
¡En amor, todos somos Don Quijote!...

X.

—Alberto, sin embargo, no leía.
Con un montón de cartas á su lado,
Después de recorrer desencantado,
Tantos ecos de amor, flores de un día, —
Las confiaba al hogar, una por una...
Y esas pobres reliquias sin fortuna
Que su mano exhumaba del olvido,
Parecían sufrir en los carbones
Y su negro cadáver consumido
Se agitaba con hondas convulsiones.

XI.

¡Oh! ¡las cartas quemadas! El pasado
Nunca muere. ¿No es cierto que se eleva
Del polvo de la tierra, siempre nueva,
La embriaguez del placer amortajado?
¡Guardad, guardad con ambición suprema
La sombra del amor; ese poema
Que en la conciencia trémula se esconde,
Esa voz que, al llamar el sufrimiento,
Se levanta del alma y os responde
Con un grito inmortal de sentimiento!

XII.

¿Y cómo desterrar de la memoria
Ese sueño feliz? ¡Lucháis en vano!
¡Él se levanta del confín lejano
A referiros vuestra vieja historia,
Él se estremece en vuestro pecho helado,
El alumbra el espíritu cansado,
El mezcla entre los himnos su reproche
Y, cuando el viento quejumbroso zumba,

Envuelto en las tinieblas de la noche,
Se levanta del fondo de su tumba!...

XIII.

Alberto, — me diréis, — ¿era un poeta?
— Algo más y algo menos. Era un loco
Que amaba mucho y calculaba poco,
Era un Don Juan con corazón de asceta!
En sus horas de encanto y alegria,
Cuando el destello de la luz del día
El fondo de su sér iluminaba,
Se bañaba en sus puros resplandores
Y vivía feliz, pero estudiaba
Mucho más que á las ciencias, á las flores!

XIV.

Siempre en pos de las glorias del amante
Y viviendo de sueños, altanero,
Cuando dejaba de la mano á Homero
Era cediendo á su pasión por Dante.
Por lo demás, espíritu diverso,
Pensaba en prosa pero amaba en verso.
Como las hojas del otoño, mustias,

Sus pasiones rodaban. Su alma sola
Luchaba, sin ceder, con las angustias,
Como lucha el peñasco con la ola!

XV.

Dormitaba en sus sueños el deseo
Y flotaba en su espíritu la duda.
Dentro de su alma, pensativa y muda,
Esperaba la alondra de Romeo.
Cuando, huyendo importunos y testigos,
Hablaba de sí mismo á sus amigos,
Les decía: «Mi dicha es bien completa.
»Ninguna sombra de dolor me agita.
»Si llaman á mi puerta, no es Julieta,
»Sino Manon Lescaut quien me visita!»

XVI.

«¿Qué me importan, decidme, las polémicas
De los que luchan con salvaje encono,
Por levantar su vanidad á un trono
De palmas y «Memorias Académicas?»
¿Hay flores en los verdes matorrales?
¿Contestan á las aves los raudales?

Pues basta para mí. Dejad que pase
El mundo con su loco movimiento
Y que á los pueblos el cañón arrase:
¡Donde él no llega, llega el pensamiento!

XVII.

«Yo quisiera volver el paso incierto
A aquellas horas de piedad primera,
En que el sol de una eterna primavera
Fecundaba las flores del desierto;
Y sin odios, sin penas ni dolores,
Olvidando mis hondos sinsabores,
Guardar perenne la divina esencia
Que se pierde en las brumas del pasado,
La paz, la juventud y la inocencia,
Triple perfume del hogār sagrado...»

XVIII.

¡Y tenía razón! ¿Quién en su mente
No sufre la opresión de la agonía,
Hoy que giramos en la eterna orgía,
Hoy que al latir el corazón ardiente,
Lleno de amor, de aspiración y encanto

Desplegando las alas de su canto, —
Como muestra de afecto delirante,
Mientras la risa entre sus labios vaga,
Nana muestra su torso de bacante,
Abre las manos, y nos dice: ¡ Paga !...

XIX.

¿ Y á quién cantar ? Ha muerto Magdalena,
La palabra de Cristo se ha perdido;
El grito del furor: «¡ay del vencido!»
Gobierna los combates de la arena.
Madelón y Cathós abren salones,
Y Tartufo disfraza sus pasiones.
La sociedad alegre reverencia
Y dobla respetuosa la rodilla,
Más que á la fé, el honor y la inocencia,
Al augusto Marqués de Mascarilla...

XX.

¡ Ay, del doliente corazón del joven
Que, desdeñando el hábito ó la toga,
En este mar de corrupción se ahoga,
Si no le quedan Byron y Beethoven !

Salpica la virtud con el sarcasmo
Y oculta como un crimen su entusiasmo.
Dejadlo que sus lágrimas agote:
¡Lleva el germen de todos los pesares!
¡Nace con la piedad de un sacerdote,
Y encuentra despoblados los altares!...

XXI

Un día, Alberto se sintió cautivo
Y amó á Lavinia con pasión. Sus horas
Henchidas de placer, embriagadoras
Resbalaban tranquilas. Pensativo,
Dejó á la musa por su blanca amada!
Y, aspirando la luz de su mirada,
Entre sus brazos trémulos y tiernos,
Besando la sonrisa de su boca,
En sueños de placer, cantos eternos,
Pasó diez meses de existencia loca.

XXII.

¿Y después?— me diréis. —¡Pregunta vana!
¡El cansancio llegó, llegó el hastío!
Su pobre corazón se sintió frío.

¡Dicha de ayer, es sombra de mañana!
Otros sueños turbaron su mollera,
Y, desdeñando su pasión primera,
Amó otra vez, frenético, lectores,
Y hoy los recuerdos de su amor repasa
Del fuego á los reflejos tembladores,
Pues mi héroe, sin preámbulos, se casa.

XXIII.

¡Un héroe que se casa! ¡Vaya un cuento!
¡Qué queréis, yo bien sé que es más hermoso
Un Manfredo en el monte pavoroso,
Dominando los genios con su acento!
Pero mi musa en el vacío flota;
No tiene ni una mísera Carlota,
Ni una vieja Verónica, y, exhausto
Mi numen, en verdad estrafalario,
No ha sabido llevar al holocausto
Un mártir del amor... celibatario!...

XXIV.

¡Oh! ¡qué triste es la lluvia! Silba el viento,
Rechinan en las torres las veletas,

Pasan luces fantásticas é inquietas
En el fondo del cielo ceniciento.
Baja la lluvia lentamente, baja!
La neblina semeja una mortaja.
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. Su eco incierto,
Parece la canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto.

XXV.

El fuego conservaba todavía
Un reflejo vivaz. La llama ardiente
Se levantaba rápida, inclemente,
Y entre el rojo carbón resplandecía.
Y Alberto, con la barba sobre el pecho,
Tendido en su sillón como en un lecho,
Abismado en sus sueños de amargura,
Sondeaba los misterios del destino,
Enigma aterrador, visión oscura
Que arrebata un eterno torbellino!...

XXVI.

De pronto vaciló. Sobre su hombro
Sintió un golpe nervioso y agitado,
Y, al dar vuelta de súbito, azorado,
Retrocedió con inquietud y asombro:
«¡Lavinia!»—dijo.—Era ella. Temerosa
Levantaba su faz esplendorosa,
Y fijaba sus ojos encendidos
Por lágrimas de fuego, en su mirada.
Sus cabellos flotaban desprendidos
Cayendo ensortijados en cascada!

XXVII.

¡Oh! ¡qué bella, qué bella en su tristeza
Se ostentaba de nuevo ante su amante!
¡Con qué luz centelleaba su semblante
Y brillaba en la sombra su cabeza!
Sus labios puros, vívidos y rojos;
El fuego concentrado de sus ojos;
Su cuello, de su seno el movimiento,—
Todo era encantador. Su vista hería

De amor y admiración el pensamiento,
Como el sol llena de fulgor el dia...

XXVIII.

—«¿Es cierto?—preguntó.—¿No me engañaba?
»¡Ah! no es posible, no es posible, Alberto!
»¿Acaso, dime, tu conciencia ha muerto,
»O tu alma vive del rencor esclava?...
»¡Por piedad, por piedad! ¿Ves? he llorado.
»¿No te he dado mi amor? ¿No he marchitado
»Las esperanzas de mi pecho puro?
»¡Me has hundido frenético en el lodo,
»Y hoy que llamo á tu amor, encuentro un muro;
»Y hoy, lejos de ese amor, me falta todo!...

XXIX.

»Yo esperaba, esperaba todavia...
»No podia creer que en tu memoria
»Muriera como imagen transitoria
»Mi pasión. ¡Cuántas horas de alegría
»Has pasado á mi lado! ¡Cuántas horas,
»Mintiéndome palabras seductoras,
»Reposabas tu sien sobre mi pecho,

»Calmaba tus eternos desvaríos,
»Te entrelazaba en un abrazo estrecho
»Y cerraba tus labios con los míos!...

XXX.

«Soy la misma, y ¿me ves? ¡Aún más amante!
»¡Oh! vivir á tu lado eternamente,
»Posar mis labios en tu triste frente
»Arrullando tu espíritu anhelante...
»¡Ese es el porvenir que me arrebatas!
»Yo te he dado mi vida, y tú me matas.
»Vuelve otra vez. No ha muerto mi cariño,
»Ni el odio ha envenenado mi abandono.
»¿No oyes que te amo? Vén, eres un niño.
»¡Yo que he debido odiarte, te perdono!...»

XXXI.

Alberto tibubeó. Clavó sus ojos
En Lavinia, y con voz indiferente,
Le dijo lentamente, lentamente:
—«Puesto que quieres exhumar despojos,
»Hablemos. No te exaltes. Es bien cierto
»Que te he amado una vez. Mi pecho yerto

»Se reanimó á tu lado. Mi existencia
»Recobró un día su perdida calma,
»Y esa calma voló. Bebí tu esencia,
»Sequé tu juventud, te robé el alma.

XXXII.

«¿Y después? Todo muere, amiga mia;
»No hay amor que resista tanto halago;
»Es un torrente que concluye en lago;
»¡Todo hastia, Lavinia, todo hastía!
»Hoy ¿para qué traer á la memoria
»Aquel cadáver y su triste historia?
»Dejemos reposar nuestro pasado.
»Llegó la tempestad, y cayó el nido.
»Nuestro pecho, Lavinia, está cansado.
»Quiere olvidar. ¡Brindémosle el olvido!..

XXXIII.

«Lavinia, separémonos. Mi vida
»Va á tomar otro rumbo. Sé dichosa
»Y olvídame.»—Su frente tempestuosa
Se nublaba al hablar. Estremecida
Lavinia lo escuchaba, vacilante.

—«No me hieras,—repuso.—Ya bastante
»He llorado por tí. Vamos, sé bueno...»
—«¡Ay! Lavinia, Lavinia, soy el mismo
»Pero llevo un cadáver en mi seno...»
—«¿Un cadáver, Alberto? ¡Tu egoismo!»

XXXIV.

El viento con gemido lastimero
Silbaba y azotaba los cristales...
Se oían como ruidos sepulcrales
Perderse en el silencio. Él, altanero,
Con la vista le dió la despedida.
Lavinia vaciló. Muda y herida,
Brilló en sus ojos resplandor sangriento,
Se plegaron sus labios palpitantes
Y, cruzando de nuevo el aposento,
Se alejó de él con pasos vacilantes.

XXXV.

Dejadla continuar. Lleva en el seno
Fermentando el mayor de los dolores;
El delirio infernal de los amores
Ha turbado su espiritu sereno,

Y marcha sola y trémula divaga...
¡ Ah ! cuando el astro de la fé se apaga,
Cuando se nubla la conciencia oscura
Y el amor es verdugo de sí mismo,—
No se halla salvación en la amargura,
No hay un rayo de luz en el abismo...

XXXVI.

Largo tiempo vagó, vagó al acaso
Y sin rumbo ni fin. Cruzó sin calma
Calles y plazas. Desgarrada el alma,
Secos los ojos, impaciente el paso,
Dejó tras sí el murmullo, los reflejos
De las luces, y hundiéndose á lo lejos
En el seno de un negro laberinto,
Siguió, siguió. La sombra la rodeaba.
Todo era á sus miradas indistinto.
Y ella marchaba sin cesar, marchaba !...

XXXVII.

De cuando en cuando, en su camino oía
Báquicos cantos, y, al fulgor escaso
De una linterna, reprimiendo el paso,

Escuchó los rumores de una orgía:
Mesas cojas, en torno pobres seres,
Miserables hambrientos, y mujeres;
Humo pesado, resplandor incierto;
Gritos, blasfemias, cantos y querellas,
Y algún ebrio, durmiendo como un muerto,
Sobre un montón de cascos de botellas.

XXXVIII.

En el sórdido fondo de la pieza,
Con la frente siniestra y contraída
Y una pipa en los labios encendida,
Vió á un hombre y se detuvo. Su cabeza
Vacilaba en la sombra. Aún era hermosa
En su abyección. Doliente y temerosa
Su alma se mostraba á la mirada
En todos sus momentos de agonía,
Como flor que se dobla deshojada
Sin perfumes, colores ni alegría...

XXXIX.

El tabuco mezquino rebosaba.
Lavinia entró; pero en aquel instante

Él se puso de pie y alzó vibrante
Su voz sonora que al cantar temblaba:
—«Escuchad lo que dice la Botella:
Dios hizo á la mujer fácil y bella;
Dios hizo al hombre para amarla; todo
Se ha levantado desde el mismo fango.
¡Gocemos, pues, hermanos en el lodo,
Sin distinción de calidad ni rango!

XL.

«¡La virtud! ¡el amor! dad pan al pobre
Y hablad después, filántropos divinos
Que sembráis de palabras los caminos,
Almas compuestas de miseria y cobre!
Hay hambrientos, ladrones, cortesanas;
Hay seres que al sentir en las mañanas
Brillar el sol, con inquietud y frío,
Sin hogar, sin amor, sin luz, sin lecho,
Van á implorar con ánimo sombrío
La limosna del rico satisfecho...

XLI.

«¡Oh amiga! ¡oh compañera! ¡siempre bella

Y amante siempre! Tú eres quien nos calmas
Dando nuevo vigor á nuestras almas,
Tú eres la santa Caridad, Botella!
Tú nos arrullas con amor sincero,
Nos hablas con acento placentero,
Tú descubres magníficos palacios
Y velas nuestro fúnebre destino,
Poblando de visiones los espacios
Al dulce influjo del calor del vino.»

XLII.

Lavinia lo detuvo con la manos
Y entreabriendo su manto á su mirada,
Dejó ver su cabeza iluminada
Como por un destello sobrehumano.
—«¿Me ves?—le dijo:—Mírame. ¡Soy bella!»
Y brillaba en la sombra,—como estrella
Que en la noche se ve resplandeciente,—
Con ese cuerpo que al doblarse ondula,
Con ese ardor de sangre efervescente
Que en oleadas eléctricas circula...

XLIII.

—«Soy bella—prosiguió—quiero ser tuya,
Tuya, tu bien, dormir entre tus brazos,
Al calor de tus férvidos abrazos
Y sin que nada nuestro amor destruya.
Pero hay alguien que está sobre mi senda...
Yo te daré mi vida como ofrenda,
Yo ligaré mi suerte con tu suerte,
Si rompes la cadena que me ata...»
Y él contestó: —«Dí, ¿cómo poseerte?»
—«Siendo mi vengador. Tómame, y mata...»

XLIV.

¡Oh! ¡qué triste es la lluvia! No hay un astro
Sobre el cielo enlutado. Silba el viento
Y se pierde en la sombra su lamento...
Así pasa la vida... Cada rastro
Del agua, ahonda el primitivo cauce.
Dobla sus ramas con dolor el sauce!
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. ¡Su eco incierto,

Parece la canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto!...

XLV.

Brilla la alegre luz de los festines
En casa de Lavinia. ¿A quién espera?
Cae flotante su hermosa cabellera;
Muellemente extendida en los cojines
Escucha ansiosa. Mágicos reflejos
Alumbran el cristal de los espejos;
Una mesa servida centellea;
El fuego luce en la apartada estancia,
Y en tanto el viento aúlla y balbucea
Y se pierde gimiendo en la distancia.

XLVI.

¡Una... dos... media noche! Hora suprema.
¡Escuchad! ¿No parece que se agita
El mundo entero? El corazón palpita.
No hay en la sombra quien no rece ó tema!
Despierta, Macbeth! Pálidos se oprimen
Los labios fríos del rencor. El crimen
Afila su puñal. La virtud llora,

Y el vicio alegre entona sus canciones...
¡Media noche! ¡hora de pesares, hora
En que se exaltan todas las pasiones!

XLVII.

Puck está cerca. Hay voces que nos llaman
Y nos engañan. Hoffman se sacude
Y oye el violín de Kréspel. Todo acude
A un conjuro siniestro. Se derraman
Apariciones vagas por el viento.
Cada canto es el eco de un lamento.
Los muertos dejan su ataúd y giran;
Los genios llegan por ocultas sendas;
Los que duermen se agitan y suspiran;
Pasa el aura impregnada de leyendas.

XLVIII.

¡Media noche!... Silencio. El viejo Fausto
Comprende derrotado su impotencia,
Y, al quebrantar la copa de la ciencia,
Cae, maldiciendo su destino, exhausto.
Claudio Frollo, con lúgubre amargura
Graba: *Ananké* sobre la piedra oscura.

¿No oís ese rumor? Es un gemido
De hondo dolor y concentrada saña;
¡El feroz cazador vuela perdido
Talando como un rayo la montaña!...

XLIX.

Y ella espera impaciente. Su mirada
Se fija con horror en su atavío...
Su pasión ha crecido como un rio
Ahogando su conciencia desgarrada...
Odia y espera, espera al asesino
Con salvaje ansiedad... ¡Oh Amor divino!
¿Por qué, tras sueños de apacible calma,
Nos traes la tempestad? ¿Por qué tus horas
Dejan veneno y hiel dentro del alma?
¿Por qué, dándonos vida, nos devoras?...

L.

Rumores... ¡Escuchad! Se abre la puerta
Y entra un hombre de súbito aterrado;
Y, mostrando un puñal ensangrentado,
Pasea en torno su mirada incierta...
Ebria de gozo, ardiente, entre sus brazos

Cae Lavinia; le oprimen su abrazos;
Le acaricia su boca con locura,
Y, cediendo al ardor de su reclamo,
Roto el traje, radiante de hermosura:
«Soy tuya—dice—para siempre. ¡Te amo!...»



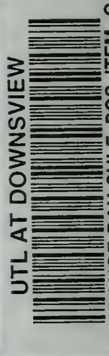
INDICE.

LA VIEJA HISTORIA.

EN VIAJE.

CANTOS Y POEMAS.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 25 09 009 3